



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)
SEDE ECUADOR**

**PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS
MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES CON MENCIÓN EN CIENCIA
POLÍTICA**

CONVOCATORIA 2005 – 2007

**ECOS DE REVUELTA.
HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA DINÁMICA CONFLICTIVA
CÍVICO-ARMADA DE ORIGEN POLÍTICO EN QUITO, ENTRE LOS AÑOS
1931 Y 1932**

PATRICIO LÓPEZ B.

QUITO, NOVIEMBRE DE 2009



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)
SEDE ECUADOR**

**PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS
MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES CON MENCIÓN EN CIENCIA
POLÍTICA**

CONVOCATORIA 2005 – 2007

**ECOS DE REVUELTA.
HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA DINÁMICA CONFLICTIVA
CÍVICO-ARMADA DE ORIGEN POLÍTICO EN QUITO, ENTRE LOS AÑOS
1931 Y 1932**

PATRICIO LÓPEZ B.

**ASESOR
CARLOS DE LA TORRE ESPINOSA**

**LECTORES
HERNAN IBARRA
SIMÓN PACHANO**

QUITO, NOVIEMBRE DE 2009

Índice

	Pág.
Resumen	6
Introducción	7
Capítulo 1. Bases para una relectura	
1.1 Insumos historiográficos e interpretaciones tradicionales	9
1.2 Una panorámica de la conflictividad a inicio de los años 30	14
1.3 Definición, corte y fundamentos del presente estudio	17
1.4 Coordenadas conceptuales	19
1.5 Coordenadas metodológicas	26
Capítulo 2. El escenario y los actores	
2.1 El contexto en mutación	30
2.2 El paisaje social en panorámica	43
2.2.1 Visiones de cambio social	43
2.2.2 Los actores sociales en perspectiva	51
2.2.3 El campo simbólico-político a la época	62
Capítulo 3. De la caída de Ayora a la descalificación de Bonifaz	
3.1 La caída del gobierno ayorista	65
3.2 Hacia el caos. Del interregno larreísta al ascenso bonifacista	74
3.3 Contra los votos: la lucha post electoral de 1932	
Capítulo 4. La Guerra de los Cuatro Días	
4.1 La batalla de Quito	112
4.2 Luchas simbólicas y violencia	124
4.3 La secuela de la violencia	133
Capítulo 5. Análisis conclusivo	
5.1 Conclusiones analíticas	138
5.2 Reflexiones de corte histórico	156
Referencias bibliográficas	159

Capítulo 4. La Guerra de los Cuatro Días

4.1 La batalla de Quito

La reacción violenta frente a la descalificación de Bonifaz no era ningún secreto. Un año entero de creciente violencia y polarización no dejaba dudas de que un acto político de tal magnitud no iba a pasar desapercibido. Esto pese que los Jefes militares habían garantizado que el ejército haría respetar la decisión congresal, cualquiera fuere. Además, considerando el papel y afinidad que la Policía había mostrado para con Bonifaz y sus huestes, apenas producida la descalificación se tramitó también el reemplazo del Intendente Virgilio Guerrero, por el oficial con más afectos liberales, Filemón Borja. Por su parte, los activistas de izquierda, seguros de que habría una respuesta violenta del lado compactado, tejían ya estrategias de lucha y escape (Uzcátegui, op. cit.).

El silencio del lado bonifacista era la peor indicación. Públicamente, sólo destacaba la discreta salida de Bonifaz hacia sus propiedades rurales, pero la actividad más grave no era pública. Los secretos resortes bonifacistas estaban más activos que nunca. De hecho nunca se habían detenido. Tan temprano como noviembre de 1931 corrían ya las denuncias del libre acceso de los compactados a los cuarteles, para proveerse de pertrechos. Al parecer la mecánica inmediata fue distinta, y habría consistido en el continuo registro de voluntarios compactados en las filas militares³⁵.

Por otro lado, las redes de contacto con la tropa, ya usadas en ocasiones anteriores, funcionaban al tope, a decir de las diversas denuncias y preocupación que estilaban los medios liberales³⁶.

La piedra de toque lo eran, claro, las unidades militares, y especialmente las de la plaza de Quito. Algunas tenían una larga historia. El Batallón de infantería Constitución había servido como refugio y soporte al presidente Ayora y su Gabinete durante sus últimas horas de ejercicio, en agosto del 31; además, fue uno de las

³⁵ Acorde a una denuncia referida en Luna Tamayo, 1988, pg. 216, según la que durante esta época se habría autorizado el enrolamiento de voluntarios en la Primera Zona militar tan sólo mediante la presentación del registro de afiliación a la CON.

³⁶ Ver editoriales del Diario El Día, del 26 de agosto de 1932.

unidades que rechazaron la intentona de autogolpe de Larrea Alba. El Regimiento de caballería Yaguachi, mientras, había apoyado a Ayora en la intentona de golpe en marzo de 1927, y en el conflicto de agosto de 1931; durante la intentona de Larrea Alba sufrió una seria división, y por último, fue el encargado del orden durante las manifestaciones contra El Comercio y Luis Felipe Borja, en septiembre del 31. El Batallón Manabí por su lado, fue precisamente la unidad que resistió y rechazó el asalto civil de partidarios de Modesto Larrea, en Tulcán, entre el 31 de enero y el 1 de febrero de 1932.

Sin embargo, la “joya de la corona” era el Regimiento Bolívar, histórica unidad élite de artillería y responsable del polvorín del ejército en Quito. En 1925 fue actor fundamental del levantamiento juliano; en 1931 una facción del regimiento apoyó la salida de Ayora y fue la unidad clave en el fracaso de la intentona de Larrea Alba ese mismo año. Sobre esta unidad en especial recayeron las expectativas y las conspiraciones políticas más profundas.

La evidencia de un movimiento era tal que incluso otras unidades tomaban posiciones mientras se esperaba los acontecimientos. Según testimonios de soldados del regimiento de artillería No. 2, Sucre, acantonado en Riobamba, ya a fines de junio del 32 había perfecta claridad de lo que acontecía en torno al regimiento Bolívar, y al respecto la unidad había decidido ya que en su caso se sumarían a la decisión del Congreso. Es interesante observar los mecanismos de transmisión de información:

“Con el primer Batallón que establecimos este acuerdo [el de sumarse la decisión legislativa] fue con el ‘Carchi’, por medio de su 2º. Jefe, Mayor Jesús Heredia, unidad que en compañía del ‘Sucre’ trabajaba diariamente el campo de aviación de Riobamba y guardábamos buenas relaciones. Uno o dos oficiales se ofrecieron a irse a Ambato a poner en conocimiento de sus compañeros y buscar adhesiones en el ‘Chimborazo’ de guarnición en esa plaza. El Teniente de Ingenieros Miguel A. Estrella, encargado de la construcción de los pabellones de San Nicolás, se ofreció poner en conocimiento de la unidad a la que pertenecía, y todos nos encargamos de difundir el acuerdo y la fórmula en el resto de la República –excepto en Quito, como ya dijimos-.” (Merchán, s/f, pg. 6-7)

De estos movimientos estaban bien enterados los altos mandos.

Días después de la descalificación presidencial, y dos antes del levantamiento, el gobierno nacional programó un homenaje al Mariscal Antonio José de Sucre, en Quito, llamando para el efecto a un grupo de soldados y oficiales del Regimiento Sucre para que participaran. Con el mismo argumento se convocó al Batallón de infantería Montúfar. Las razones de este movimiento eran oscuras hasta años después de los sucesos.

Para unos, pretendía disuadir a los hombres de la Bolívar modificando el equilibrio de fuerzas en Quito (al parecer el Alto Mando creía contar con la lealtad de los Batallones de infantería aparcados en la ciudad), y la llegada del destacamento del Sucre, también de la rama de artillería, pretendía tener un grupo claramente adepto al gobierno, en el mismo cuartel del regimiento potencialmente revoltoso.

Para otros, extrañamente de la propia unidad Sucre, la razón pudo haber sido más retorcida: ubicar en Quito a unidades leales al Congreso para forzarles a plegar a un movimiento contrario a él, o en su defecto, ser “sometidos por la fuerza” (ibid.).

Como hubiera sido, ninguna fórmula funcionó. La madrugada del sábado 27 de agosto, varios disparos fuera del cuartel del Regimiento Bolívar³⁷ precedieron a grupos de civiles que se dirigían apresuradamente a sus alrededores. En el interior, los oficiales procuraban identificar y detener a los cabecillas, desatándose violentos enfrentamientos con la tropa³⁸. En medio de la refriega, la sección del Regimiento Sucre tomó posiciones, enfrentándose cara a cara con las baterías del Bolívar, también listas para disparar. La escena del diálogo forzoso entre el oficial a cargo de la sección del Sucre, y uno de los sargentos al frente de las baterías del Bolívar, resume simbólicamente el enfrentamiento:

“qué piden ustedes, -les dice-, ¿Por qué se manifiestan así contra sus oficiales? .. ¡Esta mañana han enlutado la gloria de la ‘Bolívar’!. ¡Canallas! .. ¡Asesinos!” (...)
“Mi capitán: nosotros no somos personalistas; no queremos que el Sr. Bonifaz suba a la fuerza, sino deseamos que el Congreso explique las verdaderas causas de la descalificación, ya que nuestros señores Oficiales nos lo ocultan todo ... y no

³⁷ San Juan, entonces al final de la explanada formada entre las calles Checa y García Moreno, actualmente Centro Cultural, antiguo sanatorio militar.

³⁸ De hecho, algunos soldados afirmaban que los oficiales habían ordenado no sólo detener sino eliminar a los cabecillas

sabemos nada, absolutamente, sobre este particular .. Ellos, los Sres. Oficiales, tan solo quieren a la fuerza imponernos su voluntad dictatorial ..” (...)

“Conozcan, soldados, que nosotros sólo debemos obedecer a lo que hace el Congreso (...) ya que el tiene un personal tan preparado que bien sabe las cosas cómo las hace ...” (...)

“serán los Congresistas unos sabios, -dice-; pero a nuestro criterio, han sido y seguirán siendo los responsables de todo (...) ¡Acaso es poco, mi Capitán!, el que nos dejen burlados estos señores y nos avergüenzen en los derechos cívicos que nos corresponden por derecho de ciudadanos? ¡Es una injusticia, mi Capitán, lo que acaban de hacer, y son ellos mismos los que han violado la Constitución ...!!” (...)

“Terminemos, -indica-; parece que ustedes han estudiado más para tinterillos que para soldados”

“Mi Capitán, le dice, el soldado debe mucho saber para llegar a ser algo pues de nó, nos confunden con los rebaños de ovejas ... los civiles nos meten gato por liebre ... Y .. ¡aprenderá lo que es la Constitución! Hasta luego” (Rueda, 1939, pg. 35-36)

Ante la situación, la oficialidad y el grupo del Sucre, decidieron deponer las armas y abandonar el cuartel, sin la oposición de la tropa del Bolívar.

Mientras, los ecos del pronunciamiento se regaban; el mando militar y el Ministro de Guerra –desvelados hace días por la inminencia de la revuelta-, iniciaron un recorrido por los cuarteles Manabí y Constitución, al mismo tiempo, al parecer, que impartían órdenes para el ataque al regimiento Bolívar por parte del resto de unidades de la guarnición de Quito. Tras una brevísima y tensa estancia, pasaron del Cuartel del Manabí al de la unidad Constitución (ubicado al lado del convento de Santo Domingo, actualmente Colegio San Fernando); pese a la oposición de la oficialidad y la presencia del mismísimo alto mando, la soldada se rebeló al grito de “viva la Constitución *no rota!* ...viva Bonifaz!” (Chiriboga, 1932, pg. 717). Los oficiales y el alto mando abandonaron apresuradamente el cuartel, al tiempo que llegaban y eran recibidas cordialmente comisiones de soldados de la Bolívar y la Policía Nacional (Troncoso, 1958, pg. 166).

Mientras, en el cuartel del batallón Manabí, nuevas comisiones de soldados de la Bolívar y la Policía, comunicaban a los soldados sobre el ataque de los oficiales a la tropa de la primera, así como del supuesto intento dictatorial de Baquerizo Moreno. A las 05:30, mientras los hombres se enteraban de las maniobras del Batallón Montúfar para rodear a la Bolívar, los oficiales agotaban sus últimos intentos para controlar a la tropa: “entre tanto los Oficiales nos seguían aconsejando que NO APOYEMOS A NINGÚN HOMBRE, NI LA AMBICIÓN DEL PUEBLO TORPE que estaba azuzado por CURAS y

CURUCHUPAS.” (Varios, 1933, pg. 34). Al final, la mayoría de oficiales abandonó también el cuartel para dirigirse al Sur de la ciudad.

La estrategia de atacar a la Bolívar fracasó pronto: mientras el Batallón Montúfar tomaba posiciones en los altos de San Juan, la Policía Nacional rodeaba su retaguardia; la Caballería Yaguachi abandonó al tiempo la ciudad, enfilando hacia el sur, en tanto las unidades Constitución y Manabí reafirmaban su solidaridad con la Bolívar.

Al final, dentro de la ciudad, tres unidades formaron el bloque “defensivo”: regimiento Bolívar y batallones de infantería Constitución y Manabí; a ellos se sumaron los miembros de la Policía Nacional y voluntarios civiles, en mucho miembros de la CON³⁹, provistos de armas repartidas por los propios soldados insurrectos. Mientras, el alto mando, los Ministros de Guerra y Obras Públicas y el Presidente del Senado, viajaban a Riobamba, junto a las unidades de caballería Yaguachi y batallón de ingenieros Montúfar.

Según avanzaba el día fue notándose el peculiarísimo desgrane de los pocos oficiales que habían permanecido con las tropas defensoras: además de aquellos que salieron inmediatamente, otros fueron desapareciendo gradualmente durante el día y hasta la mañana del domingo, según se repartían para dirigir –supuestamente- diversas tareas defensivas, fuera de los cuarteles (Varios, 1933, pgs. 28-29, 35-36). Para ese domingo 28, la guarnición de Quito era un conjunto de soldados, sargentos y un puñado de oficiales, sin liderazgos reconocidos⁴⁰.

La actividad política en la ciudad, durante todo el 27, apuntó a regularizar el nuevo orden: una comisión legislativa probonifacista⁴¹ recibió el encargo de iniciar

³⁹ Revisar especialmente Norris, 1968; Troncoso, 1958.

⁴⁰ El mando del Regimiento Bolívar quedó en manos de los Tenientes Mariscal y Luis A. Rueda, éste último perteneciente al regimiento Córdova, y que se hallaba de visita en el cuartel de la Bolívar en esos momentos (Varios, 1933); el Batallón Manabí quedó al mando de un Teniente Oleas; a cargo del Batallón Constitución los tenientes Hurtado y Proaño, y un subteniente Ponce (Salvador, 1936); Freile Larrea nombró Jefe de Zona al Cmdte. Juan Ignacio Pareja (Troncoso, op. it.), y el comando general de las unidades defensoras se encargó al Tnte. Crnel. Carlos Salvador, militar retirado (según Norris, 1968, pg. 52)

⁴¹ Conformada por los diputados José Vicente Trujillo, Mariano Suárez Veintimilla, Julio Teodoro Salem y José Ma. Velasco Ibarra, éste último a la sazón Presidente de la Cámara de Diputados, tras la

negociaciones para lograr la renuncia del Presidente Baquerizo Moreno, al momento refugiado en la legación diplomática argentina. Simultáneamente, grupos de soldados y civiles armados “colectaban” a diputados y senadores en la ciudad, procurando reunir a las cámaras y legalizar los cambios.

Mientras, un grupo de amigos buscaba y convencía a Bonifaz de volver de inmediato a Quito (Ortiz Bilbao, 1989). Su primera tarea fue justamente reunirse con Baquerizo Moreno y convencerlo, quien en efecto renunció, nominando al bonifacista Carlos Freile Larrea como Ministro de Gobierno (y por ende sucesor al cargo presidencial, conforme los preceptos constitucionales). Una de sus primeras acciones fue despachar una comisión de paz hacia el sur, con apoyo del cuerpo diplomático asentado en Quito, y al que se había solicitado sus buenos oficios (Norris, 1968).

La segunda tarea del Electo fue distinta y simbólicamente contradictoria. Durante la noche del 27 de agosto, Bonifaz se dirigió a la multitud desde el balcón de su casa en Quito, afirmando su negativa a acceder al poder vía un golpe y menos investirse como dictador. Era su desligue del pronunciamiento militar.

(...) con voz estentórea, apenas se calmaron los entusiastas aplausos y aclamaciones con que fue recibida su aparición, exclamó como para que se le oyera en todo el país: ‘Yo no he venido a hacer la revolución. Yo no he querido la Presidencia de la República ni por la puerta de calle, mucho menos puedo querer entrar por la ventana. Que se reúna el Congreso y que me califique, sin infringir la Constitución ni las Leyes (...) Les agradezco y les pido que se vayan tranquilos a sus casas’. Y entró en el salón cerrando la ventana. Y no se volvió a escuchar ningún aplauso, antes bien, me pareció que comenzaba a insinuarse entre la muchedumbre un sordo rumor, como de desilusión y reproche, pero que no prosperó. (Ortiz Bilbao, 1989, pg. 41)

La reacción de la gente y los soldados, aquellos que durante la mañana habían arriesgado el grito “*Dad a Dios lo que es de Dios y a Bonifaz lo que es de Bonifaz*”⁴² en desafío a sus oficiales, fue abandonarlo gradualmente. Tras su discurso en el balcón, la figura de Bonifaz se desvanece gradualmente hasta casi desaparecer de los registros testimoniales y de prensa de esos días y los posteriores⁴³.

renuncia del titular Rosendo Santos, en protesta por la descalificación de Bonifaz (Troncoso, op. cit., pg. 167; Norris, 2005, pg.139)

⁴² Expresión manifestada por soldados del regimiento Constitución frente a sus oficiales, la madrugada del 27. Ver Troncoso, op. cit.

⁴³ El peso del perfil de liderazgo político, y su específica representación en el caso de Bonifaz, es desarrollado en López B., 2008a

Durante el domingo 28 de agosto, Freile Larrea continuó su esfuerzo de regularización, realizando modificaciones en el gabinete y comunicando a las diversas unidades militares el cambio de autoridades; por la noche además, pudo reinstalarse el Congreso, que resolvió reconocer su nombramiento.

Sin embargo, la comisión de paz despachada, había fracasado: estaba confirmada la concentración de tropas al sur y la marcha de unidades desde el norte del país; el punto de concentración de fuerzas del sur se trasladó a Latacunga, donde llegaron las unidades Carchi, Montúfar, Chimborazo, Sucre y Yaguachi, a las que se sumaron cuerpos de voluntarios civiles y de la policía de Guayaquil, y voluntarios de Latacunga. Se había establecido además el comando de campaña, encabezado por el Ministro de Guerra del gabinete de Baquerizo Moreno, Leonardo Sotomayor y Luna, y en la jefatura militar, el Gral. Ángel Isaac Chiriboga, Inspector General del Ejército.

Al norte, las unidades Pichincha y Calderón se combinaron con una brigada de milicianos de Carchi, al mando de Modesto Larrea Jijón, concentrándose el 28 en Otavalo. En conjunto, las fuerzas combinadas del norte y sur representaban una fuerza de alrededor de 2700 soldados y milicianos. Las fuerzas de Quito sumaban alrededor de 800.

La desigualdad numérica, la ventaja operacional (gracias al dominio de comunicaciones y transporte ferroviario) y la presencia de oficialidad militar indicaban fortalezas indiscutibles de las fuerzas del cerco a la ciudad. En Quito, pese a contar con la unidad de artillería más fuerte del ejército (Bolívar) y con el principal depósito de armas y municiones, la ausencia de liderazgo militar, las limitaciones del terreno y del entorno (la ciudad estaba a sus espaldas), eran determinantes.

El lunes 29 se iniciaron las hostilidades. La estrategia de las tropas del sur era atacar el centro (Panecillo), Oriente (Puengasí y hoya del Machángara) y el occidente (La Colmena), todo con apoyo de artillería pesada, ubicada en la zona de San Bartolo, y el

activo papel de la aviación, utilizada por primera vez con fines bélicos⁴⁴. Las tropas del norte, en cambio, tenían como prioridad derrotar al cuartel del Regimiento Bolívar; para ello, el regimiento Calderón debía tomar el Itchimbía para instalar artillería que disparase sobre el cuartel de San Juan. Los defensores de la ciudad en cambio desplegaron artillería pesada en el Panecillo y en el cuartel de San Juan, y líneas de destacamentos de defensa en zonas estratégicas: flanco occidental del Panecillo, puentes Alfaro y del Machángara (avenida Maldonado), molinos del Censo (actual avenida Pichincha), cima del Itchimbía, San Juan – Miraflores; se formaron además patrullas móviles para circular rápidamente dentro de la ciudad.

El desarrollo de las acciones mostró lo caótico y difícil del enfrentamiento. El primer enfrentamiento fue a distancia: a las 08:40 las baterías ubicadas en el Panecillo dispararon sobre las columnas de avanzada del ejército del sur, que se repartió en varias direcciones. En el eje central de avance (carretera nacional, hoy avenida Maldonado), pronto se descubrió grupos de defensa ubicados en el camino de El Censo a la Tola (actual avenida Pichincha), los bosques anexos al entonces Colegio de la Providencia (convento de la Inmaculada Concepción, actualmente calle Upano), la cuesta de la Alpahuasi, la Fábrica La Internacional (actualmente zona entre las calles Tababela y de la Torre, al lado de la avenida Maldonado), la estación de ferrocarril de Chimbacalle, y el bosque anexo al Puente Alfaro (actualmente zona entre las calles Ricardo Jaramillo y Mariano Maldonado). Los partes oficiales constataban la tenaz resistencia hallada:

La acción (...) de atacar los núcleos de resistencia inmediatos a la carretera nacional [actual av. Maldonado], en las fábricas de tejidos, tuvo que ser sucesivamente reforzada, durante este primer día de acción (...) debido a varias ofensivas y contraataques que el enemigo realizó en este sector y a la sistemática y tenaz resistencia, en el cual, apoyado en los ya citados centros de resistencia, mantenía una ofensiva audáz, que produjo varios repliegues de nuestros elementos avanzados (Chiriboga, 1932, pg. 736)

Tal como en el frente, carretero nacional, en este de Alpahuasi, tócanos reconocer que la sistematización defensiva enemiga había sido hábil y bien dirigida. Los fuegos cruzados de las armas pesadas y livianas impedían, materialmente, el avance de nuestras tropas, por lo que el progreso de ellas, al principio, fue lento y limitado y,

⁴⁴ El aeroplano pilotado por los capitanes Renella y Mantilla, con base en el aeródromo de Latacunga, actuó como unidad de observación de los movimientos defensivos de la ciudad, así como enlace entre los ejércitos sur y norte, y medio de “intimidación” de las unidades defensoras. Ver Chiriboga, 1932

posteriormente, detenido por lo que tuvieron, también los nuestros, que aferrarse al terreno (Chiriboga, 1932, pg. 737)

La artillería Sucre ubicó sus baterías en San Bartolo, desde donde atacaba a las piezas emplazadas por los defensores en el Panecillo. La lucha fue encarnizada; el regimiento Sucre desplazó sus baterías a la altura de la Estación del Inalámbrico (actual Recreo) y cañoneó la cima del Panecillo⁴⁵; mientras, el batallón Carchi sorteaba una auténtica red de tiradores ubicados alrededor del ascenso a la cima. Sin embargo, para el atardecer, las tropas defensoras fueron derrotadas, retomando líneas defensivas entre el Arco de la Magdalena y la calle Ambato (Salvador, 1936, pg. 9), además de estratégicos puntos de tiro a distancia desde San Diego y San Juan. En el sector centro-occidental, la Caballería Yaguachi y el regimiento Carchi lograron bordear La Colmena y tomar el fortín del panecillo (cara norte), aunque su movilidad fue limitada por los tiradores desde San Diego y San Juan.

En el frente norte, por un lado, el regimiento Calderón trató de penetrar la cima del Itchimbía, sin lograrlo, gracias a las líneas de defensa del batallón Manabí y los voluntarios armados; sin embargo, logró posicionar una unidad de artillería en la parte baja nor oriental del Itchimbía, desde donde bombardeó al cuartel de San Juan.

Por otro, desde Santa Clara específicamente, el regimiento de infantería Pichincha lanzó un decisivo ataque que, tras penetrar todo el centro de la ciudad con apoyo de la pieza del Calderón, casi logró tomar el cuartel de la Bolívar, deteniéndose sólo por uno de los más extraños episodios de este enfrentamiento: en el momento de lucha más encarnizada, en la explanada misma del cuartel, con cuerpos de tiradores ubicados incluso en los altos del Colegio Mejía, ambos bandos vivaron la Constitución, concluyeron la semejanza de su propósito, detuvieron el fuego y compartieron alimento y descanso⁴⁶. Horas después, la creciente desconfianza entre

⁴⁵ Alguno de los disparos, de hecho sobrepasó la cima y fue a estallar al lado del Panóptico (Merchán, s/f, pg. 19)

⁴⁶ El suceso fue decididamente inexplicable para los jefes de ambos bandos; mientras que para los atacantes esto se debió a una hábil treta de la Bolívar que, mientras fingía capitular, rodearía y destrozaría al Pichincha, aprovechando su ventaja militar (Chiriboga, 1932, pg. 740), para los defensores fue más bien la plena rendición del Pichincha, y la consiguiente caballerosidad de sus colegas de la Bolívar para alojarlos. Su posterior salida del Cuartel habría respondido, además del recelo de los propios soldados del Pichincha, a las gestiones del Comandante Salvador, para evitar que

ambas unidades volvió a separarlas; el batallón Pichincha dejó el cuartel de San Juan para reunirse con el regimiento Calderón, en Guápulo.

El martes 30, a solicitud de Freile Larrea, el mismo cuerpo diplomático logró facilitar un armisticio que iniciaba a las 2 de la tarde, y que proponía la nominación de Humberto Albornoz como Ministro de Gobierno (en miras a un reemplazo de Freile), el retorno de las unidades de Quito a los cuarteles y la entrada franca de las tropas del cerco a la capital. El armisticio fue negociado y aceptado por Freile y por el comando sur, sin embargo, su cumplimiento fue menos que parcial, debido, por un lado, a la descoordinación de las tropas defensoras, el aprovechamiento estratégico del mismo por parte de las tropas atacantes, y sobre todo, por la desconfianza de los soldados de Quito al sentir que el tema de las sanciones y castigos había quedado sin resolver en el armisticio.

En lo militar, los enfrentamientos más violentos se centraron en las faldas occidentales del Panecillo, paradójicamente en los momentos amparados por el armisticio recién negociado. Las tropas atacantes alcanzaron la zona del Yavirac, y desde allí avanzaron sobre las defensas de San Diego, especialmente confiadas a policías de la ciudad, voluntarios y unos pocos soldados; la batalla llegó a los mismos mausoleos y nichos del cementerio, vueltos de repente trinchera y parapeto; los defensores cedieron hasta La Esperanza y la Plaza Victoria, donde, tras recibir refuerzos, empujaron de nuevo a los atacantes hacia el cementerio y después hasta La Colmena y el Fortín del Panecillo (Rueda, 1939, pgs. 69-70).

En el frente norte, donde las defensas civiles y del batallón Manabí resistían desde el día anterior, una furiosa ofensiva del Batallón Pichincha (el mismo que la noche anterior se había albergado en el cuartel de San Juan) pudo apenas ser atenuada por el fuego de artillería del Bolívar, desde el Sanatorio, y por refuerzos de la Policía, desde el centro de la ciudad. Al final de la tarde el resultado era otro episodio inexplicable: la cima del Itchimbía sufría un doble abandono: las tropas atacantes, tras ingentes pérdidas, y pese a los significativos avances en el terreno, recibieron la orden de replegarse (Troncoso, 1958, pg. 190); mientras los defensores, y en especial el

la infantería notase por la mañana, el reducido número de soldados defensores que ese momento ocupaban el cuartel de San Juan (Salvador, 1936, pgs. 12-15).

batallón Manabí, abrumados por sendos ataques del norte y del sur, recibieron órdenes de reconcentrarse en el cuartel (Varios, 1933, pg. 46).

El miércoles 31 representó el principio del fin de las tropas defensoras. El poroso cerco defensivo era del todo irregular: el Panecillo estaba completamente en manos de los atacantes, así como gran parte de las calles del sur; las tropas atacantes avanzaron dificultosamente desde la falda occidental, penetrando hasta llegar a la 24 de mayo, donde se hallaron múltiples focos de resistencia.

Pasamos una noche de perros en las posiciones del Panecillo, amanecimos muertos de frío, muertos de sueño, mezclados en confusión de varias Unidades, sin organización, sin comando, sin saber nada que alhagara nuestra esperanza (...) Salimos a combatir y la lucha fue espantosa; pero el enemigo fue cediendo el terreno poco a poco; la avenida 24 de mayo nos sirvió de intermediaria, pero de los muros del Mercado nos detienen con un fuego espantoso; y si no es por el refuerzo que nos llega, no sabemos lo que fuera de nosotros; en efecto, el Quito, fresco y resuelto, la Policía de Guayaquil, el Yaguachi, todos en conjunto arremetemos y nos abrimos paso; sin embargo no hacen retroceder y vuelve a estacionarse el combate en las bocacalles de la entrada a la Ciudad. (Varios, 1933, pg. 49-50)

Al interior de la ciudad se multiplicaban los grupos dispersos de soldados y milicianos, y sobre todo, la sobrecogedora presencia de francotiradores en varios balcones de la ciudad⁴⁷.

El punto clave fue sin embargo, la división interna en el batallón Manabí: tras la lucha en el Itchimbía, el comandante de la unidad, Tnt. Oleas, había convencido a una gran parte de la tropa de la conveniencia de adoptar una posición de neutralidad, y reconcentrarse en el cuartel; otra parte cuestionaba al oficial y de hecho abandonó la unidad, llevando consigo armas y pertrechos al cuartel de San Juan (Varios, 1933, pg. 52).

El conjunto de circunstancias explica el renovado interés de los líderes políticos en un armisticio. En base a los términos del armisticio vigente, Freile Larrea debería renunciar el 31 de agosto, para facilitar la sucesión de Humberto Albornoz; éste, por cierto, participó en varias negociaciones para reactivar el cese de fuego, pero al finalizar el día declaraba a delegados diplomáticos que no había esperanza, y que lo

⁴⁷ En diversas fuentes se atribuye la mayoría de estos francotiradores a partidarios de izquierda. No existe sin embargo forma de comprobarlo. Ver Salvador, 1936

mejor para el cuerpo diplomático sería abandonar Quito (Norris, 1968, pg. 53). Sin embargo, ese mismo día, por la noche, un conjunto de representantes de los propios soldados, junto con el Crnel. Salvador, lograron un acuerdo general que se entregó dificultosamente al estado mayor del ejército del Sur⁴⁸. El comando atacante contaba pues con dos perspectivas distintas: la visión pesimista de los esfuerzos de Albornoz, infructuosos hasta la tarde del 31, y la última esperanza de acuerdo, entregada por Salvador en la madrugada del 1 de septiembre. Prevaleció la primera.

Para la madrugada del jueves 1, las tropas atacantes, fortalecidas con refuerzos y mejores posiciones estratégicas, proyectaban una ofensiva total sobre la ciudad; mientras en el otro bando, a instancias del embajador de Francia, se intentaba otra vez definir un cese al fuego. En primera instancia, ambos bandos llegaron a un acuerdo sobre condiciones puntuales: cese de hostilidades, reconcentración de las tropas defensoras en sus cuarteles, inmovilización de las tropas atacantes. Tal acuerdo fue dificultosamente transmitido a las unidades de Quito, que gradualmente, y en medio de las refriegas en las calles y el fuego de los francotiradores, fueron reconcentrándose. Sin embargo, mientras esto sucedía, las unidades Pichincha, Calderón, Yaguachi y los voluntarios de Carchi atacaron en conjunto el Sanatorio (cuartel del regimiento Bolívar), dando pie a uno de los enfrentamientos más atroces de estos días, y en el que ninguno de los bandos logró una victoria clara. La temprana ruptura de este acuerdo –muestra de que fue sólo una treta para ganar tiempo, según testimonios de soldados defensores- llevó a nuevas negociaciones.

A las 8 de la noche de ese día, se firmó un tratado de paz en los siguientes términos:

1. Que no habrá vencedores ni vencidos.
2. Los representantes de las tropas beligerantes se darán un abrazo de concordia y confraternidad (Lo que se ejecutó)
3. Las tropas defensoras de Quito, seguirán ocupando sus respectivos cuarteles.
4. Las tropas del General Chiriboga, el día viernes, dos de Setiembre, a las diez de la mañana entrarán a la ciudad en formación, y se alojarán en estos establecimientos: Escuela Militar, Academia de Guerra, Escuela de Artes y Oficios, Escuela Diez de Agosto y en los Conventos.

⁴⁸ Ver Troncoso, op. cit., pg. 194. Cabe aquí destacar las dificultades que representaba este “diálogo a distancia” ente ambos bandos: propuestas y contrapropuestas se canalizaban a través de representantes que se movilizaban permanentemente a través de vehículos diplomáticos ente el centro y el sur de la ciudad, a las horas más inverosímiles. Un detalle esclarecedor lo aporta el testimonio de uno de estos diplomáticos, en Norris, op. cit.

5. Se abrirá una información sumaria para descubrir a los autores del movimiento suscitado en el Regimiento “Bolívar” la noche del 27 de agosto; y
6. Los que resultares responsables, como única sanción, serán dados de baja de la Unidad. (Salvador, 1936, pg. 33-34)

El viernes 2, las tropas atacantes penetraron en Quito, y, excepto el abrazo de concordia, ninguno de los términos se cumplió.

4.2 Luchas simbólicas y violencia

La lucha violenta es apenas el corolario, la resultante de un ciclo que perdió las posibilidades de autoequilibrarse, y estalló. En el caso de la violencia política en Quito, ésta no puede dejar de percibirse como el extremo de un acto colectivo, dentro de un ciclo de conflictividad. Esto puede apreciarse con más claridad al releer la dinámica conflictiva considerando los componentes del enmarcamiento interpretativo.

Para hacerlo partiremos de muestras testimoniales de actores clave de aquellas jornadas; en este caso, soldados atacantes y soldados defensores, cuyo análisis posterior al conflicto devela la compleja red argumental que los sostuvo. En un segundo momento, se analizará también algunas pistas y rastros en torno al posicionamiento e interpretación asumidas por otros actores, cuyos testimonios han quedado, lamentablemente, incompletos o apenas reflejados indirectamente en otros testimonios.

La violencia desde los actores (I): hombres en armas

¿Por qué luchar?. Desde la perspectiva de los soldados atacantes, la justificación principal era básicamente la violación constitucional, entendida como el rechazo o el desconocimiento a las resoluciones congresiles, versión de hecho oficial (Chiriboga, 1932; Merchán, s/f). Poco tiempo después, sin embargo aparecieron nuevas explicaciones; un testimonio de soldados del ejército atacante, lamentablemente sin fecha, dice, en descargo de las acusaciones por excesos en las tropas que tomaron Quito:

Qué culpa tenemos si hemos sido engañados y traicionados infamemente por nuestros más altos Jefes (...) quienes formaban el Estado Mayor de las tropas del norte y sur y

quienes, dándonos muchos vivas y haciéndonos agasajos en el camino hacia Quito, nos manifestaron que Quito entero había proclamado la dictadura del Sr. Bonifaz (...) Nosotros creímos en la dictadura, engañados, y también porque vimos muchos civiles que portaban armas; fue inmensa nuestra sorpresa al cabo de tres días de combate, al saber que las tropas de Quito se levantaron también por la Constitución, pues ellos también pensaban que había sido violada. (Varios, 1933: pg. 98-99)

En sentido semejante, otros soldados, esta vez del regimiento Carchi, abundaban en otros detalles, a eso de julio de 1933: “El sábado 27 de agosto, entre eso de las nueve de la mañana, el Ministro Avilés Aguirre, nos dijo en Riobamba que Bonifaz se había declarado Dictador en Quito y que la tropa se había sublevado contra Jefes y Oficiales.” (Varios, op. cit.: pg. 37).

Fuera de lo que hubiese sucedido en realidad, es evidente que las motivaciones de lucha eran claras: el rechazo frontal a la Dictadura, que implicaba la ruptura de la continuidad de un orden garantizado por la Constitución, y por ende, susceptible al límite; sin embargo, ¿qué había tras la urgente necesidad de preservar ese orden?

Varias pistas las aportan los testimonios de los soldados defensores, algunas en el marco de su defensa pública tras los procesos y acusaciones cursados contra ellos en el Ejército. Uno de los argumentos más claros procede del momento mismo de la descalificación, cuando la tropa del Regimiento Bolívar decidió conformar una comisión que consultara al Congreso sus razones para tal decisión:

(...) se nombró una comisión para que se presentara ante el Congreso y averiguara por las causas de la descalificación del Sr. Bonifaz; para que si estas fueran justas se las acate; y si era sólo picardía del Congreso y de Baquerizo Moreno, dar un golpe de armas a favor del pueblo burlado y de la tropa a su vez abofeteada en pleno rostro; no era posible que los mismos representantes del pueblo destruyan la voluntad en la elección del pueblo y pisoteen el derecho de sufragio. (Varios, op. cit.: pg. 9-10)

Otro data del momento inmediato a la descalificación, cuando los intermediarios políticos bonifacistas multiplicaban sus contactos con la tropa de la guarnición de Quito, argumentando la indignación causada por la decisión congresil, y por supuesto las ventajas que se obtendrían si se la impugnase ...

Habían actos para indignar al pueblo y al Ejército (...) por eso los del pueblo debíamos reivindicarnos (...) y que, por eso, también era del caso que surja la clase de tropa para en un paso más, esperar el momento de la recompensa ... Nosotros

contestamos, –dicen los del relato,- nó, señor Alarcón. Con intereses personales no se sirve a la Patria. Por amor y por clase, estamos unidos al pueblo y queremos solamente demostrar que la tropa tiene *Sangre Pura* para derramar en defensa de la democracia herida. (Rueda, 1939: pg. 18)

Un tercero, ya tardío, de 1933, enlazaba el símbolo de la bandera tricolor con la idea de Patria y sus enemigos:

(...) todo el tiempo ella estuvo a nuestra vista, nos enardecía de amor y aumentaba nuestro coraje para rechazar a los ambiciosos revolucionarios que querían sustituirla ¡ay, desgraciados! por una Bandera roja; esa bandera no era la de la “*Constitución*”, no representaba a nuestra Patria; la bandera roja es extranjera, es bandera de Rusia, es bandera comunista. (Varios, op. cit.: pg. 23)⁴⁹

¿Qué implicaba todo lo anterior? Para la perspectiva desde los soldados, la lucha política había mutado hacia una lucha moral, en la que el concepto de nación, de “patria” se había dividido en dos: por un lado, aquellos que la fundaban en la voluntad general, encarnada en la primera votación no manipulada desde el quiebre liberal, votación en la que había triunfado una idea de patria fusionada con valores como la honestidad brutal y tosca; y aquellos que afincaban el ser nacional en la referencia histórica y terrigénica, en el proyecto político y las instituciones que capitalicen el afán de cambio social acelerado. Y en medio, las élites políticas tradicionales que se habían acercado indistintamente a ambos bandos, a fin de precaver espacios de presencia y poder político.

En toscos términos simplificadores, lo anterior se resumía en los argumentos de legitimidad argüidos por los actores en disputa: bonifacistas y antibonifacistas defendían por igual la Constitución de la República, pues en su seno admitía desde ya las fuentes contradictorias de legitimidad del liderazgo político; el liderazgo personal sostenido a partir de la voluntad popular, y la representación popular encarnada en el Congreso. Y más allá, el vehículo de encarnación de la nación, de la Patria, tenía asideros distintos: la voluntad popular y las instituciones, medios diferentes para expresar la voz única de un nuevo y distinto constructo, el pueblo.

⁴⁹ Es curioso constatar la esquizofrenia simbólica: mientras para unos la Bandera roja implicaba comunismo, para otros simbolizaba liberalismo. En su descripción novelada de la batalla de Quito, Pareja Diezcanseco, 1959, en su habitual y a veces inseparable mezcla entre exactitud histórica y fábula, relata los últimos momentos de la “toma” de la Plaza Grande por las tropas atacantes: “Pablo pudo contemplar (...) cómo entraban los hombres del ‘Chimborazo’ a la Plaza de la Independencia, y al comandante Benigno Andrade subir al Palacio e izar en él una bandera roja, la vieja bandera liberal de Eloy Alfaro” (pg. 266)

Pueblo que parecía requerir de un liderazgo catalizador que lo interpretara, pero que fuera relativamente desechable si perdía la consonancia debida. Esto es precisamente lo que parecería haber ocurrido con Neptalí Bonifaz, que al desmarcarse del levantamiento militar (en el momento en que la escasez de liderazgo amenazaba ya con ser fatal para los defensores), parece haber roto la sintonía con el conjunto del movimiento. El mismo Freile Larrea lo veía con claridad poco después de iniciadas las hostilidades:

‘El mayor Narváez dijo al señor Freile Larrea que la Constitución de la República es inviolable, que el único poder era el Congreso y que las provincias del Norte tenían como gran fantasma al bonifacismo ... a lo que el señor Freile Larrea había contestado que la personalidad política del señor Bonifaz ya no existía y que él iba a dar libertad de sufragio conforme lo prescrito en la Constitución del Estado’ (Troncoso, op. cit.: pg. 187)

La violencia desde los actores (II): manifestaciones públicas

Existen indicios dispersos respecto a múltiples manifestaciones públicas el día del pronunciamiento militar, 27 de agosto. En algunos casos, aparentemente con alta importancia estratégica:

el Pueblo de Quito dándose cuenta de las picardías del Gobierno, del Alto Comando y Jefes y Oficiales con los de la Sucre, en querer imponer a todo trance la Dictadura de Baquerizo Moreno, ha formado un mitin poderoso para apoyar a la Bolívar y defender la buena causa; y esto les hizo temblar y mandó a esconder a algunos Jefes y Oficiales (Varios, 1933, pg. 25-26)

Soldados de la Sucre ratifican la presencia de civiles en las afueras del Cuartel del Sanatorio:

Al salir del cuartel vieron en la explanada la aglomeración de compactados que festejaban el triunfo. El 1º. Salas encargado de la Banda de Músicos, malhumorado por la noche de zozobras y cuando algunos civiles le veían con una sonrisa burlesca, no pudo contener su indignación y les dijo ‘No se rían todavía. Ya regresaremos. ¡Viva el Regimiento Sucre!’ (Merchán, s/f, pg. 15)

En el transcurso del día se reportaron concentraciones en la Plaza Grande y manifestaciones sucesivas que iban entre ésta, la plaza de Santo Domingo y la explanada de la Capilla del Robo (Troncoso, op. cit., pg. 167 y Ortiz Bilbao, op. Cit.,

pgs. 26-29). De la misma manera, a sabiendas que el Presidente, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno había hallado refugio en la Legación diplomática argentina, múltiples manifestaciones habían demandado a gritos su renuncia desde las calles (Diario El Día, 29 de agosto de 1932).

Ya entrada la noche, tras la entrevista entre Neptalí Bonifaz y Baquerizo Moreno en la Legación argentina, una muchedumbre se reunió en los bajos del domicilio de Bonifaz, y fue precisamente la que escuchó ese último discurso del Electo defenestrado (supra).

Sin embargo, según se hacía patente la posibilidad de enfrentamientos bélicos, la manifestación pública cedió el paso a la participación civil en los combates. Ésta tuvo en realidad varias modalidades.

La violencia desde los actores (III): civiles en combate

La principal figura de participación civil fue la del **voluntariado militar**. Del lado de los defensores, se ha visto ya la importancia de los compactados como fuerza de choque y resistencia pro-Bonifaz, sin embargo apenas se cuenta con rastros testimoniales directos. Considerando el número de soldados regularmente asignados a cada unidad, y se compara con las estimaciones totales de defensores, que bordean las 1000 personas, se deduce que el número aproximado de voluntarios armados llegó a alrededor de 300 personas⁵⁰; dentro de este número, ciertamente una gran mayoría podrían corresponder a la Compactación, sin embargo, no se puede descartar la presencia de voluntarios “independientes”. En cuanto a su caracterización vivencial, apenas persisten jirones testimoniales. Uno de los protagonistas de los enfrentamientos consigna, por ejemplo, la experiencia de un voluntario compactado típico, que a su vez relata la formación de una típica patrulla de defensa de entonces:

Dice, pues, Luis Guerrero, miembro pacífico hasta entonces de la Compactación Obrera Nacional y Zapatero por añadidura: ‘El día lunes por la mañana, acudí a ver obra en el taller de Zapatería del Maestro Salazar. Como no hubiera, me resolví en ir a la Compactación Obrera. Allí habían estado armados algunos de mis compañeros; por eso entre diez nos determinamos avanzar hasta la policía. Antes de ello medio

⁵⁰ En base a los cálculos estimados en Varios, 1933 y Troncoso, 1958.

mis compañeros comenzaron a medio enseñarme el manejo del fusil que, por primera vez en mi vida, había cogido e iba a disparar (...) En un carro cerrado y en número de diez, entre civiles y policías, nos metimos como *papas*, y nos fuimos hasta el puente del Machángara. Allí en el puente Machángara (...) no nos mandaba nadie, tan solamente los policías nos indicaban que nos pongamos tras los muros y tapias (...) Estando allí, apareció el avión que iba votando unas hojas y a la vez iba ametrallando, mientras le disparaban los del Panecillo (...) En las hojitas decían los contrarios, que nos rindamos. Pues, ni aun peleábamos siquiera, y ellos ya querían ganarnos con las hojitas. Todos los compañeros nos irritamos de las iras, que, sin hacer de vernos en la pelea cara a cara, y medirnos los *Shungos*, ellos ya querían que les demos paso en la entrada, solo porque eran artos ...' (Rueda, 1939: pg. 77-78)

Otro testimonio evidencia la visión de un militante compactado más comprometido:

- Sí señor, me llamo Munive y soy sastre.
- Por qué está peleando Ud.?
- Peleamos en defensa de la Constitución y porque suba a la Presidencia el señor Bonifaz, pues el Congreso tendrá que rectificar la traición que le hizo. (...)
- Y este muchacho?
- Es mi hijo, señor. Es muy pegado a mí y no quiso quedarse en casa cuando nos llamaron a tomar las armas en la Bolívar. Y yo le traje para que se haga hombre y aprenda desde chiquito a defender la Patria. (Troncoso, 1958, pg. 200-201)

Claro que la defensa de la Patria pudo no haber sido la única razón para arriesgarse a participar en el conflicto. En todo momento se registraban comportamientos utilitarios o solidarios, como relata uno de los soldados atacantes:

Como en los días anteriores no tuvimos rancho de ninguna clase, y los temerarios muchachos quiteños ya por servir a un hermano o pariente, ya por una peseta, nos daban comprando algo de comer o beber, exponiendo la vida; y si a veces nos servían de guía eran también obstáculo terrible, en otras ocasiones. (Varios, 1933, pg. 45)

De lado de los atacantes, casi no existen testimonios, y menos datos sobre la intervención de voluntarios en la Batalla de Quito, apenas sombras y rastros. Quizá los casos más documentados sean los de la brigada “Vengadores del 31 de enero”⁵¹, los conocidos *pupos*, originarios del Carchi, estaban conformados básicamente por militantes socialistas, o voluntarios que en conjunto recordaban la amarga experiencia del 31 de enero del mismo 32, cuando un apreciable grupo de personas trató infructuosamente de tomar el cuartel del batallón Manabí, entonces asentado en Tulcán. Ahora el batallón era uno de los defensores de Quito. En su campaña, este grupo llegó a sumar entre 180 y 200 hombres, al mando de Modesto Larrea Jijón.

⁵¹ Denominación dada por Troncoso, 1958, pg. 179. Según las fuentes militares, los voluntarios del norte se conformaron en dos columnas, la Eloy Alfaro y 5 de junio (Chiriboga, 1932, pg. 724).

En el ejército del sur, destacó la formación de las Columnas Vicente León (Latacunga), Libertaria del Chimborazo (Riobamba), un destacamento completo de la Policía de Guayaquil (100 hombres), además de un grupo de milicianos comandados por el Crnel. Juan Manuel Lasso (Chiriboga, 1932, pg. 724).

Otra figura de participación civil fue la **acción policial**, cuyo papel decisivo en las acciones militares de defensa de la ciudad, fue descrito anteriormente. Cuerpo de orden civil, la policía parecería ser a la época un importante mecanismo de movilidad social, especialmente para cholos inmigrantes y desempleados, tal como lo pinta alguna obra literaria de la época (Icaza, 1985, pgs. 96-100). Por otro lado, se ha observado también la profunda identificación que esta fuerza había logrado con los movimientos bonifacistas (supra).

Durante la batalla de Quito, las fuerzas policiales desempeñaron diversos papeles clave: respaldo a las fuerzas militares (recuérdese su apoyo al Regimiento Bolívar cuando el batallón Montúfar pretendía invadirlo, o el apoyo al Manabí cuando era atacado por el Pichincha en el Itchimbia), organización y conducción de grupos de defensa y tiradores (véase los testimonios de voluntarios civiles); fuerza de choque y operaciones (la lucha en el cementerio de San Diego).

El costo humano para este cuerpo fue, sin embargo, notorio (se verán algunas cifras en el siguiente acápite), pero su peso simbólico es aún menos conocido. Alguna pista queda en el aire: como en muchos de los cuerpos armados de la época, la Policía contaba con una Banda de Música bien conocida en la capital; durante la batalla, la banda participó como parte de las fuerzas policiales de defensa, sobreviviendo apenas algunos miembros que, luego de perder su cargo oficial, fueron acogidos por el Municipio capitalino, que formaría sobre esa base la después típica Banda Municipal.

La violencia desde los actores (III): activistas de izquierda

Otro grupo cuyo rastro de actividad se difumina es el de los activistas de izquierda, y en especial sus grupos de soporte, como los estudiantes y profesionistas. Dentro de los diversos relatos alrededor de la batalla de Quito, uno en especial llama la atención, no

sólo por su peso específico, sino por la participación estudiantil. Para estos años, la Cruz Roja era ya una institución respetada y sólida; dentro de su estructura, parte importante la constituían los estudiantes de medicina de la Universidad Central; y es precisamente la actividad de la Cruz Roja uno de los temas más polémicos de esta época.

En primer lugar, junto con el cuerpo diplomático, la Cruz Roja sirvió en diversos momentos como “correo” y medio de comunicación entre los comandantes defensores y el mando sur del Ejército, como puede apreciarse en Norris, 1968, Salvador, 1936 y Troncoso, 1958. Sin embargo, también existe una perspectiva polémica. Como lo relatan diversos testimonios de defensores, los autos-ambulancia de la institución sirvieron no sólo para la atención de heridos, sino también para el traslado de mensajes, mensajeros y pertrechos, para las fuerzas atacantes:

De lo más justo es que aquí consignemos nuestra gratitud a las Cruz Roja por la gran protección que nos dio para el avance (...) dos soldados, el uno de apellido Martínez, pidieron un carro de esa institución humanitaria. Martínez se hizo el herido y el otro, su compañero, se fingió enfermero. En la venda que uno se puso en la frente, llevaba un parte a las tropas del norte, y su compañero iba con la consigna de escudriñar la situación del enemigo y los lugares de reconcentración de los fuegos. Estos valientes mozos cumplieron a satisfacción la misión a ellos encomendada; pues los médicos y practicantes de la Cruz Roja, estuvieron de nuestro lado y nos ayudaron mucho. Con decir que hasta las chicas enfermeras tenían delirio de que entremos pronto. (Rueda, op. cit.: pg. 109)

Otros soldados del regimiento Carchi relatan:

Ante la idea de vencer una dictadura nos venimos sobre Quito, organizados en batalla por el comando superior; los aviadores MANTILLA Y RENELLA nos avisaban las posesiones de las tropas defensoras de la ciudad, y los camiones de la CRUZ ROJA nos pasaban alguna cantidad de parque que tanta falta nos hacía, indicándonos también las posesiones del enemigo. (Varios, 1933: pg.98)

Otro testimonio, esta vez desde el lado de los defensores, implica más claramente a los estudiantes universitarios; el relato reproduce la denuncia de enfermeras voluntarias que apoyaban a la unidad Bolívar:

una vez que fueron al Hospital Militar a pedir medicamentos para la Bolívar, un carro de la Cruz Roja les quiso atropellar estando ellas todavía frente al Hospital; luego oyeron gritos de los Médicos y Practicantes, que desde adentro gritaban: MATEN A ESAS COMPACTADAS: cuando ya entraron en el Hospital vieron que allí estaban

los mismos jóvenes universitarios que andaban en la Cruz Roja; y en fin, al pedir medicamentos para la Bolívar, les contestaron: PIDAN A BONIFAZ; DE AQUÍ, PARA LA BOLÍVAR, NI AGUA. (Varios, 1933: pg. 48)

La violencia desde los actores (III): mujeres

Y precisamente el de las mujeres, era otro grupo cuyo papel en estos días de violencia se halla casi perdido. Las pocas pistas halladas muestran una apreciable diversidad en cuanto a su alineamiento en la contienda.

De Quito salieron al Sur muchas personas para unirse a las unidades que habrían de combatir a las fuerzas bonifacistas de aquí. Burlando la vigilancia de soldados que custodiaban las entradas de la ciudad, lograron salir en un auto el Presidente del Congreso, Dr. Alberto Guerrero Martínez, el general Enrique Barriga, y los señores Luis Antonio Peñaherrera⁵², Modesto Luque Rivadeneira y Eugenio de Janon Alcívar, quienes avanzaron hasta la Ciénaga y unidos al coronel Juan Manuel Lasso, en dos carros, uno de ellos guiado personalmente por doña María Carrión de Lasso, pistola al cinto y mano al volante, pasaron por Latacunga y llegaron a Ambato. (Troncoso, op. cit.: pg. 174-175)

Sin embargo, el caso emblemático lo representan las hermanas Rosa Matilde y Mercedes Pérez. En palabras de propios soldados

Estas dos hermanas se ocupaban tanto en curar a los heridos, si los habían, como en dirigir la cocina. Por casualidad, en uno de los sótanos de armas, llegamos a descubrir en este día, unos quintales de arroz y otros de azúcar. Además nos apoyaban, sin saber de dónde, con pequeñas porciones de papas, maíz y leña. (...) Después de ordenar a los indígenas que les ayudaban, de repartir el rancho a los soldados sanos, en sus propias trincheras de la terraza y de curar a los heridos, las señoritas Pérez se iban por la noche a su casa, pero no para descansar, porque iban a tomar datos sobre el enemigo, para luego mandarnos a avisar. (Rueda, op. cit.: pg. 103)

De hecho, fueron precisamente las Hnas. Pérez las protagonistas del incidente con la Cruz Roja antes referido. Lo más simbólico, sin embargo, vino luego.

Una vez terminadas las operaciones, ya cuando las unidades atacantes habían penetrado en la ciudad y las unidades defensoras se concentraban en sus cuarteles, el acto simbólico clave fue precisamente la revista a los soldados del regimiento Bolívar, por parte del Alto Mando, encabezado por el mismísimo general Ángel Isaac Chiriboga.

⁵² Al parecer el mismo personaje cuyas opiniones sobre el fascismo fueron citadas en la sección 2.2.1

En este instante entran al Cuartel del Sanatorio algunas damas quiteñas y comienzan a increpar al Alto Mando; la Sra. Olga Jaramillo de Páez les dice más o menos en estas palabras: *cobardes, traicioneros*, deben sacarse las gorras ante la Bolívar, este es el lugar sagrado, donde se defiende la Constitución y la Libertad del Pueblo Ecuatoriano; ¡sáquense las gorras! ... Pues, como mansos corderitos obedecieron y, con las gorras en las manos, se quedaron en cabecita. Pero hay dos que se han quedado con las gorras en la cabeza: son los Tenientes Rueda y Mariscal; la señora, con seriedad, les dice: y ustedes ¿por qué no se sacan las gorras? ... Somos de casa, le contestan; entonces ella, con señaladas muestras de aprecio, les aclama como a salvadores del pueblo y libertadores de Quito. El gentío aplaude a la señora Jaramillo de Páez. Entre tanto mi General logra escabullirse y se va a un rincón del Cuartel, pero ¡ay! al infeliz le esperaba allí otra peor. Pues por esa parte, se habían encontrado las señoritas Pérez: y, al verle, le gritan más o menos en estas palabras: Ángel Isaac, ¡por qué te vendiste! ... ¡traidor, cobarde! Presta tus pantalones a otros para que hagan honor a Quito y a todo el Ecuador. Luego añadieron: soldados, presten un fusil para desaparecerlos a estos infames vendidos y ladrones de los derechos del pueblo; o disparen las armas sobre éstos que les engañan; éstos que son los responsables de la sangre de nuestros hermanos, métanles bala y que desaparezcan para siempre. El General, más muerto que vivo, temblaba, se acerca al Sargento Villarreal, soldados Julio Ibarra y Ricardo Camacho y les dice: favorézcanme, compañeros; estas mujeres son el mismo infierno (...) (Varios, 1933: pg. 71-72)

4.3 La secuela de la violencia

La primera secuela, la social, arrojaba saldos tétricos: las pérdidas humanas se calculan entre 700 u 800 personas⁵³; algunos apuntan a que la cifra se repartió a medias entre defensores y atacantes (Norris, op. cit.), de ellos, la mayoría habrían sido civiles. Según un registro mortuorio de la época, que podría usarse como una muestra representativa, de un total de 129 registros, el 23% correspondía a militares, 8% a policías y 69% a civiles; de éstos últimos, el 7% eran mujeres y el 5% menores de edad⁵⁴. Considerando estas estimaciones, podría decirse que en la refriega perecieron alrededor de 184 militares (92 de cada bando)⁵⁵, y alrededor de 550 civiles, muchos de ellos mujeres y niños; considerando que en esos años la población de Quito bordeaba los 95.000 habitantes, ello implica que posiblemente el 0,6% de la población

⁵³ La cifra convencionalmente mencionada de víctimas ha sido de 1000 personas (Reyes, 1949). Otra fuente (funcionarios diplomáticos), la ubicaba en alrededor de 500 personas, aunque luego ajustó la cifra a “mil o más” (Norris, 1968, pg. 55). Sólo para dimensionar, dos estimaciones del número de muertos transportados desde las calles y quebradas, y del hospital civil, hasta el cementerio de San Diego, el día 2 de septiembre: 193 cadáveres en una sola tanda (Troncoso, 1958, pg. 221); 117 cadáveres en dos horas de traslado, también el último día de combates (Garcés, 1933, pg. 45).

⁵⁴ Ver Sociedad Funeraria Nacional, 1932a; Sociedad Funeraria Nacional, 1932b. Hay que anotar que la proporción entre hombres y mujeres no es precisa, pues la fuente deja muchos registros como anónimos o desconocidos, sin precisar su sexo. Cosa parecida respecto a menores de edad.

⁵⁵ No se hace la aproximación correspondiente a las bajas policiales por no contarse con ninguna referencia respecto al número total de sus efectivos en esta época.

de la ciudad perdió la vida en esas jornadas, sin considerar las bajas militares y policiales.

Costo humano que resumía la violencia bélica, pero que extrañamente no derivó en violencia desbordada dentro de la ciudad. Como mencionan las referidas fuentes diplomáticas:

La conducta admirable de las tropas de Quito ya hemos anotado. La población no merece menos crédito, pues, aunque la ciudad carecía de policía y otras autoridades, se registraron pocos desórdenes o actos de violencia. En cambio, la entrada de las fuerzas atacantes fue acompañada de saqueo en pequeña escala, especialmente del mercado⁵⁶ (...) Durante las hostilidades, la Ciudad estuvo privada de agua y electricidad, debido a daños en las bombas y líneas, y en el último día, hubo escasez de alimentos. (Norris, 1968, pg. 49)

Esto en contraposición a las versiones del Diario El Día, que en su edición de inicio de año de 1933 afirmaba: “Bandas de soldados, celadores [policías] y bonifacistas recorrían la ciudad sembrando el pánico, matando y robando impunemente.” (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 9).

Las consecuencias políticas fueron diferentes y mucho más diversas. El efecto inmediato fue la asunción al poder del liberal Alberto Guerrero Martínez, al momento Presidente del Senado, quien conformó de inmediato un gabinete mixto, con la presencia del movimiento socialista, y llamó a elecciones para el año entrante. El Congreso mientras, corregía urgentemente la disposición constitucional, estableciendo que los escrutinios y la posesión presidencial debían ser inmediatas.

El nuevo régimen avaló la sanción a los numerosos participantes del levantamiento, decretando además la liquidación de las unidades “revoltosas”, la prisión y baja de sus líderes. El Regimiento Bolívar fue disuelto el 9 de septiembre, y los miembros restantes de los batallones Constitución y Manabí fueron fusionados en el batallón España, destinado inmediatamente a Esmeraldas; de los líderes de la revuelta, fueron apresados 62 soldados de la Bolívar, 42 del Constitución y 42 del Manabí (Troncoso, 1958, pg. 217).

⁵⁶ Episodio específico de saqueo que, además de excepcional, fue justificado por sus protagonistas como un acto de necesidad habida cuenta de la ausencia de vituallas y rancho por parte del alto mando (Varios, 1933, pg. 46)

Del otro lado, el Ministro de Guerra, Leonardo Sotomayor y Luna fue ratificado en el cargo, mientras en la Policía, se reinstaló como Intendente a Filemón Borja. La función judicial por su parte, iniciaba procesos de investigación sobre los instigadores de la violencia, cerrando un cerco sobre los políticos bonifacistas, quienes ante la nube de amenazas de persecución y venganza, encontraron un eficiente y activo defensor: el presidente de la Cámara de Diputados, José Ma. Velasco Ibarra. Pronto sus argumentos, sumados a la creciente frecuencia de peticiones ciudadanas para la liberación de los presos políticos, y quizá también la suspicacia ante la creciente publicidad de las declaraciones que venían haciendo los militares detenidos, hizo que el Congreso agilítase pronto una amnistía general (Troncoso, op. cit., pg. 219).

Esto marcó una parcial vuelta de marea. Precisamente los reclamos de los militares detenidos cuestionaban la permanencia del Ministro Sotomayor y Luna, que antes de ser el héroe de la Batalla de Quito, había permitido la filtración bonifacista en las tropas ya en 1931; al enfrentar una eventual interpelación, Sotomayor buscó apoyo en las unidades militares, sin hallarlo. Fue sustituido rápidamente, en medio del escándalo de un posible intento de golpe, descubierto por la Policía Nacional (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 9). Sin embargo, Filemón Borja tampoco estaba seguro: tras borrascosos enfrentamientos entre legisladores bonifacistas y barras izquierdistas, se cuestionó seriamente la capacidad del Ministerio de Gobierno y de la Policía. El Encargado del Poder, Guerrero Martínez cortó por lo sano. Borja fue destituido enseguida. (ibid.)

Sin embargo, la carrera electoral de 1933 fue la verdadera batalla. Baste decir que de esta lucha surgieron dos claros ganadores; uno efímero y deshauciado: el retorno de la candidatura oficial, y con ella la manipulación y el fraude electoral, en medio de los cuales triunfó la candidatura del Liberal Juan de Dios Martínez Mera; otro, inesperadamente longevo y persistente: la bandera del sufragio libre y el antipartidismo, que hallaron su encarnación en la alta y desgarbada figura de José Ma. Velasco Ibarra.

¿Puede afirmarse que Velasco es simplemente el sucesor y beneficiario de las alianzas y estructuras políticas bonifacistas?. Sólo parcialmente. Su vínculo más fuerte y claro con esta época es más simbólico, pero no por ello menos significativo.

Cuenta Norris una anécdota reveladora de la época en que Velasco cuestionaba acremente el proceso electoral por realizarse en 1933

A Velasco se le grabó para siempre la primera manifestación de solidaridad del pueblo. “Un día un hombre me dijo: -¿Sabe usted que los artesanos de Quito, se alternan durmiendo cerca de su casa, porque han dicho que le van a atacar a usted por ser el defensor de la libertad electoral? –No señor, no he sabido, respondí. Pero esa tarde, esa noche ensayé; era verdad, los artesanos de Quito estaban hasta determinada hora en la casa en que yo vivía, se iba ese grupo y venía otro pequeño grupo, y se iba ese grupo y venía otro pequeño grupo, y se iba ese grupo y venía otro grupo hasta el amanecer”. Esa escena, “me descubrió a mí, a mí mismo, yo luchaba por la libertad electoral, luchaba porque me chocaba la farsa, luchaba porque me chocaba la mentira” (Norris, 2005, pg. 146)

Pronto ese múltiple crisol de identidades, de lenguajes, de interpretaciones, de choques violentos e iniciativas, será bautizada por Velasco como “el” Pueblo, y la multitud, aquel maltrecho resto sobreviviente de los cuatro días, apostado en turnos para proteger al nuevo líder, pronto será su “querida chusma”.

El fantasma de la CON: ocaso.

Se ha visto ya que las impugnaciones a Bonifaz llegaron a cotas complejísimas, lo cual reavivó la faz pretoriana de estos espacios organizativos, y por ende, su endilgamiento fascistoide.

A esto hay que sumar la profunda polarización que envolvió a la disputa con la SAIP y el universo gremiatiivo tras ella, que de varias maneras socavó mucho de la apuesta de legitimidad y representatividad de la CON, ya de por sí afectada por la escisión de su matriz originaria representada por la UOR.

El resultado fue una cada vez más evidente circunscripción de las tareas y discursos de los compactados, alrededor de la figura de Bonifaz. Circunscripción más radical conforme se acercaba el desenlace político de la descalificación. Precisamente al

borde de la decisión legislativa, la gravedad de la situación atenuó las distancias y las divisiones. Simbólicamente, la gran marcha pro Bonifaz del 13 de agosto, fue convocada y protagonizada en conjunto, por la CON, la UOR y la UPN (Diario el Comercio, 14 de agosto de 1932, pg. 1). Tampoco existieron diferencias al momento de tomar las armas y organizar partidas civiles y militares para el rechazo de las tropas “invasoras” durante los cuatro días.

La derrota en las calles significó, primero, una suerte de sangría que debilitó mortalmente a las organizaciones mutuales que habían resistido ya largo tiempo, como relata Jaime Durán:

La hostilidad del régimen liberal, las constantes presiones para que se dividan y las escisiones provocadas por el Coronel Váscones y los seguidores de Albuquerque, no logran desintegrarlas. De hecho muchas de las instituciones católicas serranas mantienen su vigencia hasta el año de 1931, en que combatiendo en defensa de la Compactación Obrera Nacional, son diezmadas en la “Guerra de los Cuatro días”. (Durán Barba, 1981, pg. 55)

Y segundo, una ruptura que obligaba al replanteo. En una de las últimas pistas documentales de la CON (octubre de 1932), Guillermo Bustos Lozano enfatiza certeramente párrafos clave:

Un grito de indignación se escapa del pecho de los obreros al contemplar la ambición desmedida de ciertos dirigentes del bonifacismo que nunca supieron gobernar esa gran organización obrera y campesina que se llamó “Compactación Obrera Nacional” (...) Nunca vio la masa obrera como un caudillo a Bonifaz: él significó para nosotros el puente sobre el cual pasará el pueblo a conquistar sus legítimos derechos y justas libertades (...) No nos dejemos engañar por los que en el momento de peligro se escondieron en las Legaciones y pusieron pies en polvorosa. ¡Cobardes! Mientras el pueblo defendía la ciudad de Quito con heroísmo inaudito, en dónde estábais vosotros? (Bustos L., 1991: pgs. 106-107)

En línea con la interpretación de Bustos, este texto ofrece múltiples intereses: la “idealización” del concepto “pueblo”, percibido ya como una figuración valórica, trascendente, genérica; la arrogación de la representación de ese pueblo por parte de la “clase obrera”; el aprovechamiento funcional de los liderazgos políticos, como el caso de Bonifaz; el resquemor ante los intermediarios políticos que habían mal utilizado el liderazgo organizacional Tras esta advertencia a ese pueblo idealizado, la CON se hunde en las sombras de la historia.

Capítulo 5. Análisis conclusivo

5.1 Conclusiones analíticas

¿Cómo hacer una re-lectura de conjunto de esta época y estos hechos?; sobre la base de algunas de las categorías propuestas en el marco conceptual, especialmente aquellas sintetizadas por McAdam, Tarrow y Tilly, creemos que la lectura de los hechos reseñados tiene varias partes:

- a. Cambios y tensiones estructurales a nivel de **escenarios y contextos**. Estas modificaciones en el tejido y el marco de las relaciones sociales, derivarán en coyunturas específicas de tensión social que demanden posicionamiento y respuesta, en un suerte de situaciones o circunstancias “gatillo” de la acción colectiva.
- b. Lo anterior da pie a la reconstitución de **actores sociales** específicos, en tanto grupos de personas enlazadas por características similares, ya sea a nivel de atributos o condiciones materiales o relacionales, sea a nivel de marcos interpretativos en torno a las circunstancias “gatillo” por las que atraviesan.
- c. Precisamente la formación de **marcos interpretativos** sirve como línea de contacto entre las circunstancias, su percepción por parte de los actores sociales, y la forma de actuar de éstos frente a ellas, a partir de un discurso que sirve como “lenguaje de señas” social.
- d. Cuando los elementos anteriores se definen, la acción colectiva entra en un proceso de dinámica a nivel de mecanismos o **factores impulsores y equilibradores**, que perfilan su intensidad y patrón temporal.
- e. A su vez, la dinámica de la acción colectiva se interpreta a través de **repertorios o prácticas simbólicas** que la materializan, reflejando en la acción inmediata y concreta los marcos discursivos y las características sociales de los actores involucrados en ella.

Los tres primeros se desarrollan a continuación, mientras los otros dos, dada la importancia del concepto de “ciclo de protesta”, se tratarán en una sección específica.

Escenarios, cambios estructurales y gatillos

Los principales cambios que estremecían el contexto ecuatoriano en los treinta se resumen en ciertas dimensiones clave. Desde lo material es claro que el espejismo de bonanza de la dictadura de Ayora tenía los pies de barro, en medio de un contexto internacional para el que ninguna ciencia tenía remedio o consuelo. Claro que en lo interno, el impacto económico era diferenciado, como lo demostraron en su momento Maiguashca y North, pero en general la persistente depresión de las exportaciones cacaoteras implicaba la continua debilidad de una balanza externa donde las importaciones pesaban demasiado. El reflejo social de la evolución económica mostraba la lentitud de la modernización en el campo y lo elemental del desarrollo de la dinámica industrial; lentitud que, sin embargo, tenía también efectos territoriales diferenciados, concentrando especial dinámica en las zonas urbanas.

Lo anterior convivía con cambios demográficos que hicieron de las ciudades foco de creciente expectativa y destino migratorio fundamental, como se vio anteriormente. Desde esta perspectiva, el entorno urbano pronto se transformó en un crisol cultural, étnico y político; la dinámica social fue modificándose con nuevas prácticas asociadas con el creciente proyecto salubrista y urbanista impulsado desde el Estado (ver Kingman, 2006; Kingman, 1992b). Nuevos actores e identidades en construcción empezaban a perfilarse, a partir de la presencia inédita del migrante, del “chagra”, que no sólo tenía el perfil pueblerino-indígena retratado por Icaza, sino también el de “pueblerinos, campesinos blanco-mestizos” (Luna Tamayo, 1989), que alimentaron la formación de amplias capas poblacionales emergentes que buscaban una identificación clara en medio de estructuras sociales urbanas que aún guardaban aspectos típicos de una ciudad “patriarcal” (Kingman, 1992a), y el mundo complejo y elusivo de las élites y aristocracias quiteñas, privilegiadas en el acceso a las fuentes de poder: actividad comercial, opinión pública, actividad política y la burocracia.

Élites que por cierto también mutaban. Las transformaciones liberales habían fraccionado el bloque de poder desde diversas perspectivas, ya sea a través de la introducción de rupturas geo-políticas (como el ferrocarril y la movilidad humana que implicó), la mutación forzosa de las condiciones productivas en el agro (a través de la difusión de técnicas y tecnologías agrícolas que fraccionaron el universo de

productores serranos, amén de la movilidad interregional de la mano de obra), o la implantación de nuevos patrones institucionales, como la educación laica y la profesionalización del ejército, frente a las que las élites procuraron adaptarse con diferente grado de éxito⁵⁷. La expresión política de estas mutaciones –campo privilegiado de acción elitaria- correspondía con el debilitamiento y continua pérdida de confianza de y en los partidos tradicionales, y el surgimiento de nuevas alternativas partidistas, a su vez reflejo de las mutaciones internacionales que habían eclosionado en las más diversas ideologías. Nuevas alternativas que respondían a nuevos actores, a nuevas disputas elitarias, nuevas y profundas tensiones políticas.

Tensiones que se cruzaron en coyunturas específicas, auténticos “gatillos” que regaban el chispazo en medio de la hojarasca social:

- La *implosión del gobierno ayorista*, símbolo aparente de estabilidad, disciplina y autoridad; este derrumbe, jalonado por la crisis económica y el agotamiento presupuestario se combinó con la presencia de un marco institucional-constitucional que abrió múltiples oportunidades de disputa política, en un aparente intento por equilibrar un presidencialismo que no pocas veces había devenido en autoritarismo.
- El descalabro público correspondía con el descenso acelerado de la fe en el consejo y la experiencia internacional, en un *resurgir del nacionalismo* que se alimentaba del fracaso de los consejos kemmerianos, las continuas crisis protagonizadas por los funcionarios herederos suyos, y las experiencias específicas de presencia extranjera en actividades vinculadas con el servicio público, como la Empresa White⁵⁸, responsable de los procesos de higienización de Guayaquil, las concesiones mineras en Portovelo o, la más conspicua de todas para el caso quiteño, el estanco de los fósforos, en manos de una transnacional sueca.

⁵⁷ En el caso de la educación laica, las élites serranas cerraron filas alrededor del postulado liberal de la libertad de educación, a fin de proteger el derecho de la educación laica; en el caso de las fuerzas armadas, la estrategia fue más hábil, en tanto la nueva oficialidad se transformó en un nicho permanentemente buscado por las jóvenes generaciones de las élites serranas.

⁵⁸ Ver Diario El Telégrafo, Guayaquil, 1 de enero de 1931, pg. 13; Diario El Día, 15 de diciembre de 1931, pg. 3.

- El *nuevo mundo ideológico* que no se trasladaba mecánicamente a las mentes de los actores locales, sino que se transformaba en elementos de un debate íntimo de donde resultaban mixturas e híbridos que trataban de dar cuenta, con categorías nuevas, de realidades propias y particulares.

Precisamente de la interacción entre la encrucijada coyuntural y la diversidad social, nacen sectores poblacionales que asumen un rol y una posición frente a ellas, constituyéndose en actores, agentes activos del cambio social.

Actores y súper-actores

Agentes éstos que transfieren o reflejan su actuación en el campo político, en tanto espacio relacional donde se disputa el control de herramientas, conocimientos y prácticas que permiten la toma de decisiones en un régimen político-institucional cualquiera. Desde esta perspectiva, los tempranos treinta son años de profunda transformación, especialmente en Quito.

Nótese que a pesar de la profundidad de las transformaciones liberales, éstas apenas habían implicado el desplazamiento de las élites conservadoras por las liberales, mientras que los mecanismos de restricción al acceso de nuevos actores, e incluso los de representación de grupos sociales ante el campo político, apenas habían variado (de ahí la “frustración” que varios intelectuales acusaran incluso en los mismo años veinte⁵⁹). Por otro lado, la Revolución Juliana había demostrado que, además de la acción partidista – liberal, la acción corporativa del Ejército era otra vía de acceso al poder público.

Desde esta perspectiva, el aparecimiento de movimientos partidistas de izquierda implicó una fortísima apuesta por expandir el acceso político, más allá de los límites del partido liberal radical; poco después, en un segundo desafío al campo político, el aparecimiento de la Unión Patriótica Nacional representó un significativo intento por capitalizar y canalizar políticamente una nueva fuerza recién descubierta: las masas urbanas movilizadas.

⁵⁹ Ver al respecto la sección 2.1 de este trabajo

Desde esta perspectiva, la importancia relativa de una institución como los comicios, es muy clara: las elecciones limpias representaban una forma fundamental de irrumpir en el corazón mismo del campo político, y de allí el lógico encarnizamiento de la lucha entre las nuevas opciones políticas, tanto en generar alineamientos y alianzas (intento de unificar el liberalismo con el socialismo), asegurar el respaldo de masas o grupos movilizados (aprovechamiento de la Compactación Obrera como “correa de transmisión”), y sobre todo, captar la anuencia o el favor del actor clave del periodo: el Ejército (las maniobras de intermediación y conspiración realizadas tanto por izquierdistas cuanto por bonifacistas).

Todo esto lleva a diferenciar entre niveles y tipos de actores en torno a esta dinámica: por un lado están los **nuevos actores poblacionales**, tradicionalmente excluidos de ejercer acción alguna dentro del campo político de la época (artesanos, trabajadores autónomos, sirvientes, empleados, etc.) y que sin embargo eran la base de la multitud de ciudadanos afectados y observadores de la actividad política; por otro, grupos de **actores políticos emergentes**, interesados en asegurar su acceso al campo político, ya sea a base de un capital simbólico-ideológico novedoso (socialismo), o a un discurso modernizante, respaldado en masas poblacionales (bonifacismo); en tercer lugar estaban los grupos y **élites políticas tradicionales**, representadas en los partidos políticos y líderes que habían hegemonizado la acción política formal, y el consiguiente acceso al Estado; por último, estaba el **Ejército**, en tanto única fuerza con la capacidad corporativa autónoma como para acceder y modificar el campo de acción política.

Tras las elecciones de 1931, y el consiguiente triunfo bonifacista, el creciente rechazo de las otras fuerzas políticas llevó a que los demás actores reconocieran, desde sus respectivas posiciones, la importancia inevitable del arbitraje militar, concentrando en éste las más diversas presiones y estrategias de involucramiento. Es precisamente en este momento en el que el Ejército, además de su poder institucional real (su capacidad demostrada de marcar la ruta política vía la fuerza), concentra la expectativa y la demanda de una nueva acción arbitral, constituyéndose así en un súper-actor, cuya actuación puede determinar el curso de acción futura.

En términos analíticos, la presencia de un súper-actor implica que las diversas decisiones estratégicas de otros actores están funcionalizadas a las del primero, y en este sentido, su decisión puede ser el gatillo definitivo, el “umbral” crítico que desate un fenómeno de acción colectiva (Granovetter, 1978). Por otro lado, en el caso de actores institucionales, el proceso endógeno de toma de decisiones asume entonces una importancia fundamental.

Discursos cambiantes: marcos interpretativos en mutación

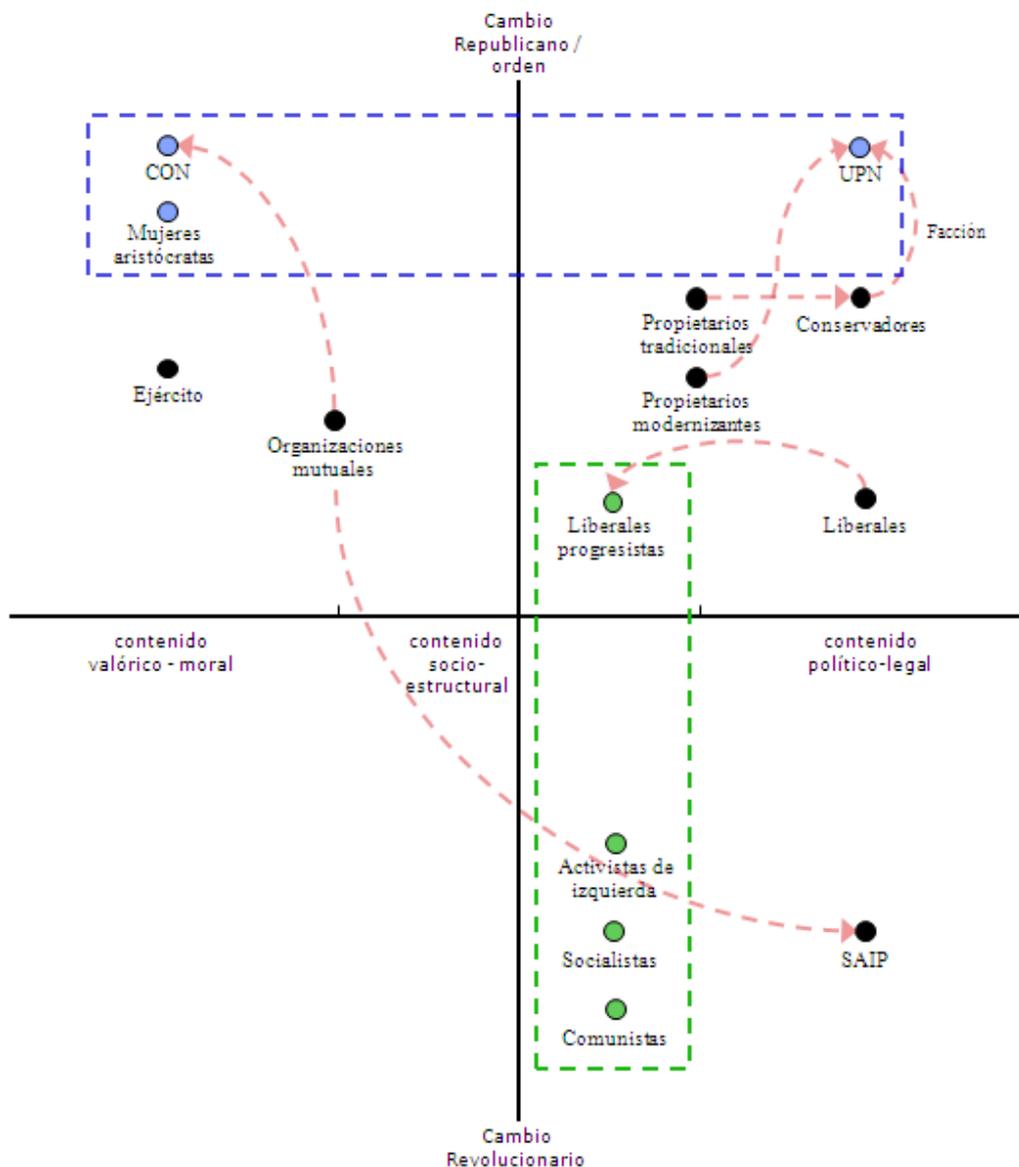
Una forma visual de notar la dinámica ideológica en el corto lapso entre 1931 y 1932 es a partir del diagrama de campo político-simbólico de la Sección 2.2.3. Las dinámicas generadas por el proceso electoral modificaron apreciablemente las relaciones discursivas y políticas.

El punto clave, y que caracteriza al bonifacismo, fue la profunda apuesta por un proyecto político, cargado desde el principio de un matiz moral que reivindicaba valores como la honestidad y el respeto a la propiedad, en contraste –según ellos- al izquierdismo; su argumentación de honestidad y desinterés político, coincidió (no por casualidad) con los postulados de un republicanismo bien alimentado a partir de las lecciones y los referentes fascistas italianos, y los consiguientes conceptos de Patria y Nación.

Un fenómeno notorio fue la segmentación de las organizaciones mutuales y obreras, pues mientras un importante grupo se politizaba intensamente a favor de la propuesta valórica de Bonifaz (simbolizado por la Compactación Obrera puntualmente), otra respondía con una politización similarmente intensa, pero de signo opuesto, en otras organizaciones, como la SAIP, que cuestionaba fuertemente las prácticas y contenidos de los compactados (ver Durán Barba, 1981; Luna Tamayo, 1989).

Otra segmentación importante es la poco notoria del Partido conservador, cuya división en grupos, uno a favor de la tesis jijoniana de participación activa, y otro a favor de una abstención funcional en 1931, generaron la acusación posterior de filiación del movimiento bonifacista a la causa conservadora.

Una tercera dinámica muestra la derivación de los intereses y visiones portadas por el segmento de élites de propietarios modernizantes, hasta este momento centradas en su ámbito específico de cambio agrario, hacia una franca apuesta política por acceder al poder institucional, a partir de un ideario basado en la preservación y reconstrucción del orden y la disciplina sociales. De hecho, la concreción de esta postura en la Unión Patriótica Nacional (UPN), combinada con la apuesta política compactada, configuró el bloque político bonifacista que triunfó en la contienda de 1931.



Campo político en coyuntura electoral 1931

Del otro lado, el bloque de izquierdas reunía a los liberales progresistas, desprendidos del tronco liberal radical a partir de sus preocupaciones por las condiciones sociales, que los acercaban al discurso socialista, y por los activistas socialistas (especialmente los estudiantes universitarios), socialistas propiamente dichos y comunistas, diferenciados por la radicalidad de su discurso revolucionario, y hermanados por el carácter del mismo, a medio camino entre las reivindicaciones sociales y los propósitos específicamente políticos de captar el voto popular como forma de acceso al poder. De hecho, su discurso en medio de la campaña consistió en achacar al bonifacismo los denuestos “tradicionales” de gamonalismo, feudalismo y conservatismo clerical, minimizando el reto valórico que éste le había planteado. El resultado fue la derrota.

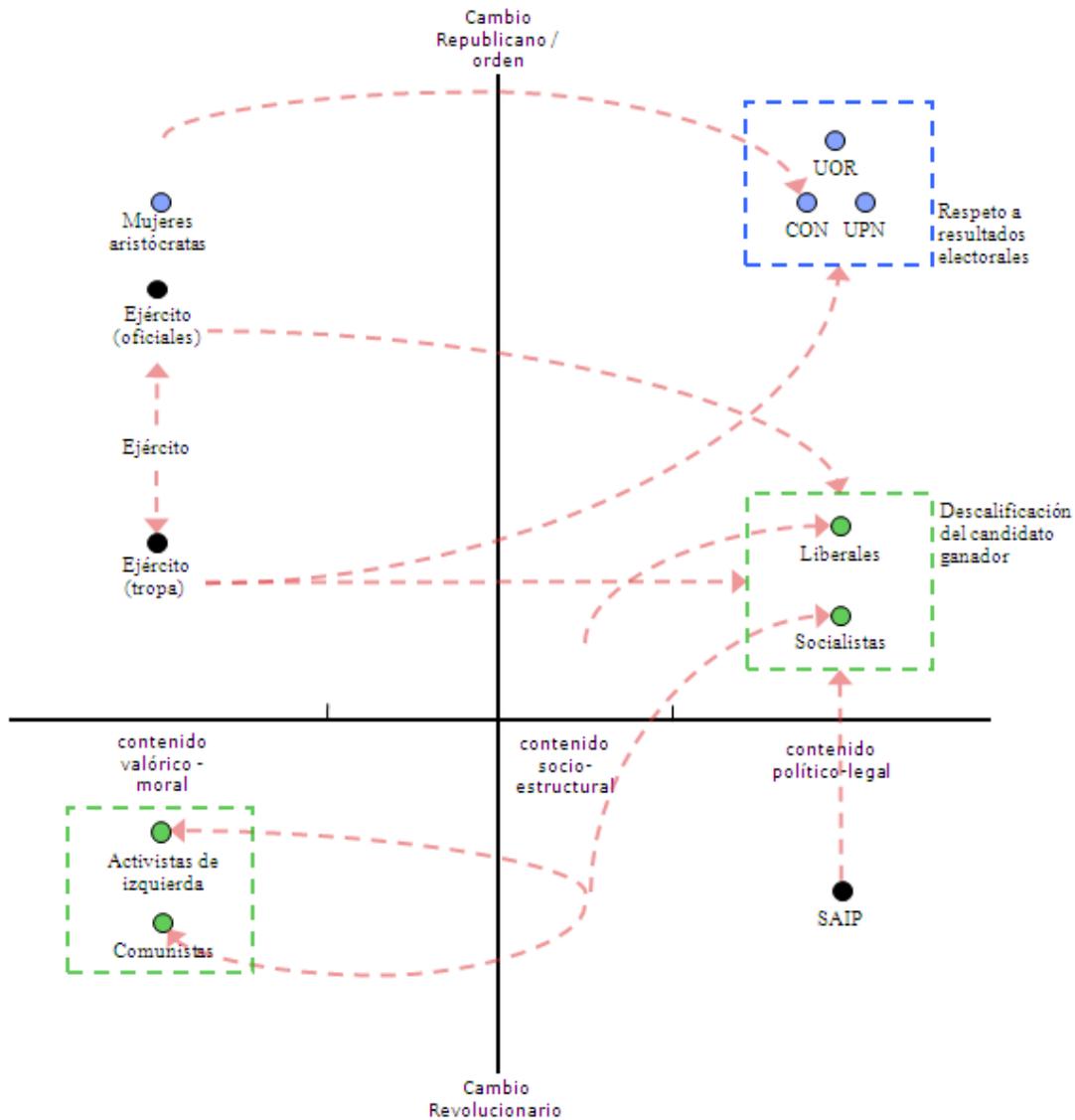
Aprendidas las lecciones, y aplicadas en diferentes sentidos, la coyuntura post electoral modificó el mapa apreciablemente. Con el triunfo logrado, y enfrentado a la lucha radical de sus oponentes, el bonifacismo mutó su discurso, no en su contenido republicano, sino en su énfasis y carácter, pues abandonó el posicionamiento valórico – moral por enrocarse en una férrea defensa de los resultados electorales, a despecho de enfrentarse en colisión con las instituciones políticas que bien podían (como terminaron haciéndolo) desestimarlos.

Escenario al que esta vez apostó la izquierda, que de la misma manera varió su posición discursiva, esta vez apelando a un carácter valórico; la acusación de peruanismo cuestionaba no sólo la filiación formal con la Patria, sino además insinuaba una ruptura valórica fundamental: la cobardía y la anteposición del interés particular a la identidad nacional y al amor por la Patria. Este viraje fue aupado por la búsqueda de estrategias políticas que buscaban, al mismo tiempo, invalidar el triunfo de Bonifaz, preservando un orden institucional de repente funcional.

Este giro discursivo en ambos polos exacerbó las tensiones al interior del Ejército, el cual terminó dividiendo su posición pública en dos partes: el sostenimiento del orden jerárquico institucional, y su respaldo al Congreso como fuente de legitimidad (oficialidad y Alto Mando), y el sostenimiento de los resultados electorales como base

y criterio de legitimidad, para defender los cuales podía asumir un papel de agencia más cercano al cambio de tipo revolucionario (tropa).

En este sentido, aparece claramente que el pronunciamiento militar de los Cuatro Días respondió más a una convicción acerca de la fuente real de autoridad política, que a un respaldo a caudillismos específicos.



Campo político en coyuntura post electoral 1932

Aunque podría hacerse un análisis de los marcos discursivos episodio por episodio, es notoria la presencia de ciertas líneas comunes a lo largo de todos ellos. Si recordamos las dimensiones mínimas requeridas por un marco interpretativo

(problematización, identificación y propuestas de acción), es claro que la definición del problema central es básica; y si bien parecería que ese problema es el del acceso legítimo al poder público, al Estado, nos parece que va más allá. La disputa por el poder es la ocasión y el marco para que las élites expresen sus proyectos políticos y sus valores de soporte, pero no su sustancia. ¿Qué había detrás de la lucha por el poder político? Como vimos, primero una pugna por la lógica del cambio social y sus motores (revolucionarismo vs. republicanismo elitario), segundo, otra por la fuente de legitimidad del cambio político (las instituciones o la voluntad popular), y por último, ciertamente, una por el marco valórico de soporte (valores políticos relativos o absolutos).

Al momento de definir el problema, se genera inmediatamente el juego de actores e identidades tras él; así, los bandos se establecen entre quienes comparten la posibilidad de los cambios rápidos y conducibles, la conveniencia de las estructuras establecidas como base para ese cambio social rápido (más que la voluntad popular aún muy “influenciable”), y por ende la supremacía de una ética pública que puede funcionalizar la ética privada; al otro lado aparecían quienes asumían al cambio como resultado de un esfuerzo y sacrificio cívicos, necesariamente graduales, sobre la base legítima de la voluntad popular como medio de acceso privilegiado al Estado, y una visión de ética pública que refleja la ética privada.

Esto, claro, aplicable a las relaciones entre élites; sin embargo, a nivel de grupos populares, las luchas elitarias eran apenas reflejos, para la construcción de una idea nacional, una “Patria”, un marco donde pueda lograrse la identidad y el reconocimiento.

El ciclo y su forma: factores de la dinámica del conflicto

La aproximación a la conflictividad de la época a partir de sus episodios específicos puede generar la ilusión de aislamiento; es decir, pensar que cada evento no tendrá más ligazón con los otros que el de la cercanía en el tiempo. Esto por cierto no es así. La Guerra de los Cuatro Días no fue un evento aislado, ni una guerra civil de salón; la muerte de más de 120 personas por día no podía ser un accidente. De hecho, al contrario, la Batalla de Quito representa bien un clima de conflictividad que hunde

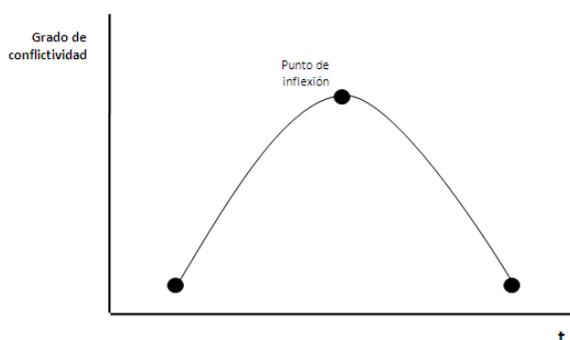
sus raíces en el colapso de la transformación juliana y lega sus repercusiones hasta la misma explosión velasquista.

Partiendo de McAdam et al., 2001, el ciclo de protesta se entiende como una secuencia vinculada de episodios contenciosos. En el caso particular de la violencia política en el Quito de estos años, la existencia de un ciclo podría definirse entonces en base a dos condiciones: la existencia de una continuidad en variables clave, y la presencia de un patrón temporal con una dinámica específica de conjunto. Respecto a lo primero, los vínculos son claros:

- a) Continuidad en los *actores, políticos y sociales*, empezando por el ejército, los líderes políticos tradicionales, los activistas políticos socialistas, los militares retirados, las damas aristocráticas, los trabajadores autónomos y artesanos.
- b) Continuidad en los *argumentos o elementos discursivos*: la búsqueda de nuevos liderazgos tras el fracaso percibido del julianismo, la emergencia y posicionamiento del socialismo y el comunismo como alternativas políticas y discursivas, la potenciación del concepto de “pueblo” como una fuerza legitimadora y de control impredecible.
- c) Continuidad en los *repertorios de protesta*: El continuo de episodios en Quito muestra una sorprendente comunidad de usos y prácticas de protesta, como veremos en el apartado siguiente.

Respecto al tema de la dinámica temporal, primero repasemos algunos conceptos. En términos de tiempo, puede pensarse en un ciclo como una secuencia de dos momentos o etapas sucesivas; una

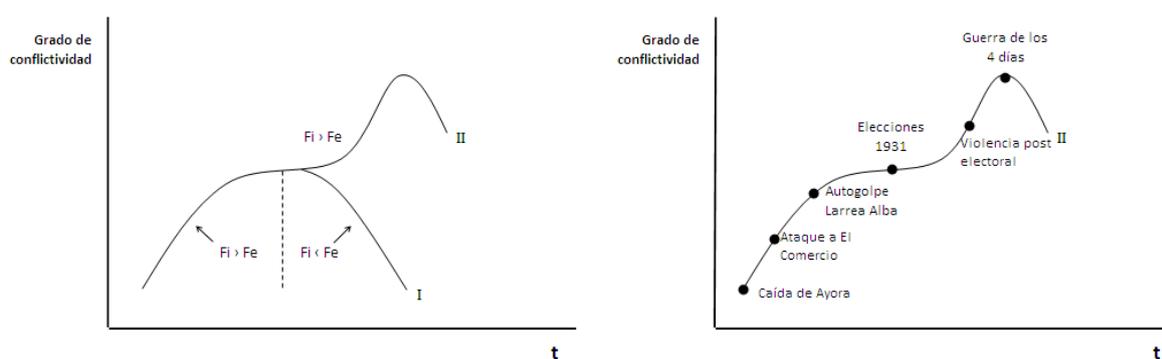
de crecimiento y multiplicación, donde se suceden episodios hasta un punto de quiebre, y otra de atenuación, desde éste, que marca una tendencia de atenuación y momentos conflictivos cada vez menores.



Esta fluctuación o arco podría explicarse por la interacción de por lo menos dos tipos de factores: impulsores, que multiplican o favorecen la confrontación, y

equilibradores, que tienden a contrarrestarla y llevarla a un nuevo equilibrio; en la primera etapa de conflictividad creciente, los factores impulsores primarían sobre los equilibrantes, mientras que en la segunda, sería al revés.

Dependiendo de la potencia de cada juego de factores a lo largo del tiempo, puede observarse ciclos de protesta simples (tipo I), o explosivos (tipo II). ¿La conflictividad de Quito responde a alguno de estos patrones? Creemos que al Tipo II.



Al respecto, un detalle es particularmente importante en esta dinámica. Si bien la secuencia puede ser entendida como un ciclo completo, no es homogéneo. Las elecciones de 1931 son un doble punto de inflexión: por un lado, la novedad de una elección relativamente limpia marca un hito importante en la dinámica política tradicional; por otro, sin embargo, representó no la atenuación, sino la mutación del conflicto político.

Antes de ellas, el bonifacismo se fundamentaba en un cuestionamiento moral y nacionalista a sus contrincantes, mientras las fuerzas de izquierda apuntaban de cuestionamientos políticos tradicionales. Tras las elecciones, los énfasis cambian y se polarizan: el bonifacismo, triunfante, esgrimió argumentos ahora fundamentalmente políticos para defender la legitimidad de su proyecto, sobre la base del principio de la pureza eleccionaria, y frente al cuestionamiento a la nacionalidad del Electo, apenas apeló al nacionalismo y la historia, recordando la ilustre prosapia prócer de la familia Bonifaz. La izquierda y los liberales, por el contrario, afincaron sus ataques al Electo sobre bases fundamentalmente morales y nacionalistas, pero de una polarización sin marcha atrás.

La izquierda no podía retroceder en el cuestionamiento a la fibra moral de Bonifaz, cerrando de entrada cualquier forma de convivencia política; igualmente, Bonifaz no podía escurrir el bulto del cuestionamiento a su patriotismo, pero su respuesta fue errática, ingenua (la atribución a su “despreocupada juventud” fue objeto de un verdadero escarnio), inoportuna, y violenta, a través de sus partidarios en las calles.

Las posiciones irreconciliables permearon de lo político a lo social. Las maniobras de intermediación (brokerage) en las que los liderazgos políticos trataban de “convencer” a actores clave civiles o militares, generaron un acelerado fenómeno de alineamiento y polarización. Producida la descalificación, agregó un nuevo ingrediente al caos: la disyuntiva excluyente en torno a la base o criterio de legitimidad constitucional: la institucionalidad congresil o la voluntad electoral. Fue la gota que derramó un vaso hace rato lleno.

En términos de dinámica temporal, esto quiere decir que el balance entre factores impulsores y equilibrantes había cambiado.

En la etapa pre-electoral jugaron, entre otros, los siguientes factores impulsores de la acción colectiva:

1. Incremento de la *intermediación o brokerage*, especialmente a través de militares en retiro y activistas políticos socialistas, y también “brokers” por amistad o parentesco.
2. La *politización valórica*, o uso con fines políticos de un discurso moral, como hizo Bonifaz al hacer girar su imagen en torno al valor fundamental de la Honestidad, por ejemplo, de la que se acusaba de carecer a sus oponentes.
3. La *ampliación de la base electoral*, al menos con la incorporación del electorado femenino, y por tanto como agentes activos en la campaña política.
4. La *impugnación a las instituciones políticas*, especialmente los partidos políticos.
5. La *insinuación al tutelaje*, especialmente reflejado en las múltiples hojas volantes que pedían la lealtad, o la acción, de los soldados para garantizar los procesos o cerrar el paso a los demagogos.

6. Las *oportunidades estratégicas* de acceso a ventajas, recursos o mejoras de posición, especialmente a nivel de ejército, siempre estuvieron presentes aunque no necesariamente explícitas.

Sin embargo, los factores equilibradores operaban con mayor peso:

1. Las *restricciones institucionales*, como el esquema disciplinario en el Ejército, limitaba, o por lo menos volvía más “costoso” cualquier tipo de fracaso, como lo mostró la intentona de Luis Larrea Alba.
2. Las *restricciones políticas*, especialmente por la política de sostén al proceso electoral que mostró el Gobierno de Baquerizo Moreno, en parte por la incapacidad de contar con un candidato oficial rápidamente.
3. Las *restricciones simbólicas*, en tanto cualquier acción que pudiese ser calificada como “inconstitucional” acarrearía una seria carga de ilegalidad e ilegitimidad.

Tras las elecciones, como vimos, este balance cambia. Aparecieron nuevos factores impulsores:

1. la *objetualización del opuesto*, es decir, la transformación del oponente político en un opuesto moral y simbólico, carente de posibilidades para el debate, el cuestionamiento y el acuerdo, y poseedor meramente de atributos dañinos.
2. la *politización valórica extrema*, ahora en manos de los críticos al candidato electo, al volverlo símbolo de los antivalores, como el rechazo a la Patria.
3. el *debilitamiento categorial*, al llevar la discusión sobre el criterio de legitimidad política a una disyuntiva extrema: la institucionalidad o la voluntad popular.

Éstos, sumados a los anteriores, desequilibraron el balance factorial y facilitaron el desborde de la violencia.

En resumen, diversas circunstancias se combinaron para derivar en violencia colectiva abierta. En términos de elementos o componentes:

- a. la presencia de *tensiones estructurales*: la creciente urbanización social, la persistente crisis económica, el apareamiento de alternativas políticas claramente opuestas al status quo, etc.
- b. la formación de *colectivos en busca de identificación y referenciamiento sociales* (como los trabajadores autónomos de Quito, en mucho migrantes, “chagras”, o los residentes pobres, “chullas”; desempleados y mujeres, estudiantes ...).
- c. La presencia de *agentes críticos*, para quienes la acción colectiva es una alternativa u oportunidad estratégica, y cuya acción o iniciativa puede generar amplios efectos multiplicadores (claramente el ejército en este caso, pero también los activistas políticos de ambos extremos ideológicos); y *agentes reactivos*, que responden a iniciativas de los primeros, dentro de una lógica de “umbrales” (Granovetter, 1978)
- d. La formación de *marcos interpretativos* de la realidad circundante, alternativos y contrapuestos; en el caso de esta época, tales marcos ocuparon básicamente el campo político, donde se definían los diagnósticos, culpables y remedios de la situación coyuntural.

En términos de dinámicas:

- a. La presencia de *coyunturas convocantes*, que representasen un efecto directo a diversos actores, y por tanto sugerían o empujaban a tomas de posición públicas. En este caso, la presencia de un monopolio de bienes básicos, como los fósforos, o la definición de candidaturas políticas.
- b. El desempeño de *factores impulsores y equilibradores*, como los mencionados arriba, cuyo juego tiene efectos diferenciados para los diversos actores, especialmente agentes críticos, y que perfilan el comportamiento temporal de los ciclos de protesta.

Repertorios, o el lenguaje de las calles

La acción colectiva no era en absoluto extraña a Quito; sin embargo, estos años transformaron a la ciudad, literalmente, en el teatro privilegiado de la manifestación y

la multitud, al punto de desarrollar una suerte de lenguaje visual y espacial. Ante todo, es claro que dos formas de manifestación son las fundamentales en el periodo analizado: la manifestación pública masiva, y la “guerra” de hojas volantes y prensa “chica”. En este caso en particular, centraremos la mira sólo en la primera.

Partamos primero de una revisión *espacio-temporal*. Puede empezarse por los núcleos espaciales de poder simbólico, o simplemente los “**centros de poder**”, espacios tradicionalmente adoptados como puntos de encuentro, partida o llegada, foro privilegiado de exposición o incluso objeto de “toma” simbólica, además de hitos obligados de cada circuito manifestatorio. En los casos analizados puede apreciarse la presencia de algunas plazas como centros de poder tradicionales:

- la Plaza Grande, rodeada entonces por los poderes políticos nacionales (Ejecutivo y Legislativo), local (municipio) y eclesiástico, además de contar entre la vecindad con diversas legaciones diplomáticas y con los grandes hoteles de la época, residencia habitual en Quito de los grandes políticos provinciales;
- la Plaza de Santo Domingo (o Sucre a la época) contaba con el plus de la vecindad del Cuartel Constitución;
- la Plaza del Teatro en cambio fue el espacio preferido por las manifestaciones de izquierda, quizá debido a la cercanía de la Casa del Obrero.
- El espacio correspondiente a la Plaza de San Blas y el acceso al Parque de la Alameda, área de significativo trajín comercial popular el primero, espacio cerrado y dedicado al ocio selecto el segundo.

Por otro lado están las calles que sustentan las diversas líneas de recorrido manifestatorio, y de las cuales algunas aparecen –por su repetitividad- como **rutas centrales** de manifestación:

- Calle Guayaquil, eje longitudinal, y espacio comercial y de negocios más activo de la ciudad; enlazaba a su vez las plazas Sucre, del Teatro, San Blas y la Alameda.
- Calle Rocafuerte, vía transversal a la vez fuertemente poblado y espacio de una gran diversidad de negocios populares; límite además al sur del cual se

conectaban las zonas más pobladas de la ciudad (calles Ambato, Loja, Maldonado). Conectaba la Plaza Sucre (Santo Domingo) con el resto del centro;

- Calle García Moreno; vía longitudinal sobre la que desatacaba el complejo político clave de la época: la Plaza Grande, legaciones diplomáticas, hoteles de alto nivel.

Además de los centros de poder y rutas centrales, se identificó **sitios-simbolo**, puntos intermedios dentro de las rutas, de importancia simbólica y relativa al tipo de manifestación en cuestión; en este caso, por ejemplo, son particularmente decisivos los sitios correspondientes a las manifestaciones más grandes de este periodo, las ocurridas justo antes de la descalificación de Bonifaz; en la marcha pro-bonifacista destacan el local de la Compactación Obrera (Calle Chile, cerca a la Plaza de La Merced) y la residencia de Neptalí Bonifaz (Bolivia y Flores); en el caso de la manifestación antibonifacista destacan en cambio la Casa del Estudiante (García Moreno, entre Bolívar y Rocafuerte), el local del Diario El Día (Mejía y Venezuela), y por supuesto, la Casa del Obrero, al lado de la Plaza del Teatro.

En primera instancia parecería que el propósito de las conexiones entre centros de poder, rutas y sitios símbolo fue exponer la magnitud y fuerza de las manifestaciones ante actores elitarios, ya sea en tanto propietarios o encargados de locales comerciales y productores, sea en tanto élites políticas. Esto sin embargo se relativiza si se considera –como haremos enseguida– el manejo de los tiempos y no sólo el de los espacios.

En efecto, es particularmente llamativo que en casi todos los casos de iniciativa civil, el inicio de las manifestaciones es nocturno: caída de Ayora, 21:00; ataque al Diario El Comercio, 20:30; manifestación estudiantil del 1 de mayo de 1932, 20:00; manifestación probonifacista del 13 de agosto de 1932, 19:30; tan sólo la manifestación antibonifacista del 16 de agosto del mismo año, empezó a una hora poco usual: 16:30. En cambio, los pronunciamientos que tuvieron inicio en actores militares, utilizaban las madrugadas y mañanas: intento de autogolpe de Luis Larrea Alba, madrugada del 15 de octubre de 1931; Guerra de los Cuatro Días, madrugada del 27 de agosto del 32.

Lo anterior puede tener múltiples explicaciones: facilitar la participación de actores laboralmente activos; un esfuerzo por preservar la “normalidad” diurna que respetara las propiedades y las libertades usuales; la “liberación” de calles y plazas de las actividades diurnas; la vivencia del activismo político como una actividad complementaria a los roles económicos “normales”; una mayor “efectividad visual” de las protestas, al contar con mayor número de observadores

La última hipótesis, sin embargo, parecería contradictoria: ¿acaso las manifestaciones tendrían más auditorio en la noche que en la mañana?. Ciertamente no, si el auditorio fuera sólo de viandantes; sin embargo, quizá ese no era su grupo objetivo. Al fin, los viandantes diurnos ocupaban intensamente las calles centrales para trámites y negocios, mientras que por la noche, al parecer bullente de una notoria actividad social y cultural⁶⁰, esos mismos viandantes podían asumir nuevos roles, incluso quizá el de activismo político. Por otro lado, recuérdese que para esta época, el centro aún combina la figura de locales de negocio adjuntos a casas familiares o renteras, por tanto, podría haber menos actividad comercial, pero no demasiado menos “habitantes”.

Una última nota se refiere al uso y el peso simbólico de la violencia. No puede decirse que el clima social de estos años fuera poco violento; de hecho, el conteo de muertos, heridos y contusos en los eventos anteriores a la Batalla de Quito es fácilmente de varias decenas, en parte gracias a una extendida posesión de armas, especialmente de fuego, entre la población civil⁶¹.

Sin embargo, es notoria de definición de cotas o límites implícitos al uso de la violencia. Es importante notar, por ejemplo, que el único caso en el que una manifestación atentó contra propiedades privadas (ataque a Diario El Comercio), las reacciones de la prensa, incluida aquella más de “izquierda”, fueron ácidas y duras. Por otro lado, las reacciones públicas ante la represión a los estudiantes, el 1 de mayo de 1932, cuya violencia misma no dejó de tener aires de “aleccionamiento”, fueron

⁶⁰ Recuérdese, por ejemplo, que la noche de las manifestaciones contra Ayora, la gente “salía de los teatros” a las 21:00.

⁶¹ Recuérdese por ejemplo los episodios del intento de ataque al domicilio de Luis F. Borja, o algunas de las escenas durante la intentona de autogolpe de Larrea Alba.

particularmente acres y duras, lo que forzó a la propia Compactación, a dar “justificaciones” vía manifiestos públicos.

Sin embargo, quizá la mejor muestra de este “acotamiento” fue el uso de la violencia simbólica como sustituto y complemento de la violencia real, bajo la forma de sucesivas “batallas” de hojas sueltas y prensa momentánea o “chica”.

Precisamente por la sutileza de esta maquinaria de acotación de la violencia, choca el brutal contraste que implicó la Guerra de los Cuatro Días. Y sin embargo, aún en medio de la caótica lucha armada, podían notarse señales de su persistencia: los observadores diplomáticos reconocían el orden y el respeto a la propiedad dentro de la ciudad sitiada, pese a la ausencia de servicios y resguardo policial (Norris, 1968); por otro lado, los casos más claros de violación o aprovechamiento de la propiedad privada, fueron de los más acremente reseñados y criticados después: uso de la torre de la iglesia de Santo Domingo como punto de fuego por los soldados del regimiento Constitución, la entrada forzosa de los soldados atacantes al colegio religioso de la Providencia, en Chimbacalle (Rueda, op. cit.), o los saqueos puntuales de la tropa atacante a almacenes de víveres y el mercado (Varios, 1933).

5.2 Reflexiones de corte histórico

La intención original de este trabajo ha sido recuperar (o volver a ver, de alguna manera) un momento poco conocido y apreciado en la historia ecuatoriana. Y en este nivel hemos hallado interesantes reflexiones.

Primero, reconocer lo intensamente creativo y complejo de este periodo histórico. Complejidad que derivó en conflicto, más allá de lo económico (cuya marea de crisis apenas se percibía en las mentes de los actores de la época), muy especialmente en lo político y social, quizá precisamente porque en esta época la dinámica política facilitó un medio y una forma de cuajar la bullente diversidad de identidades en reconstitución, impulsadas a partir de la migración campo – ciudad, el desquiciamiento de la visión laboral mutua y la multiplicación de formas de reinterpretar la realidad inmediata, mediante innovadores enfoques ideológicos y políticos.

Segundo, que este “boom” político sobrepasó en mucho los anquilosados bordes de un sistema político-partidista cerrado sobre sí mismo, y ya de por sí excedido por el arrasamiento juliano, que para inicios de los treinta llegaba también a sus nunca pensados tan cortos límites. En este sentido, es claro que reducir el conflicto político a la manipulación de ciertos hilos por parte de hábiles dedos partidarios, no tiene sentido. Al contrario, los líderes y las élites políticas de varias maneras sufren en esta época de múltiples revulsivos, incluso dentro de sus propios cuadros, que amparan tanto a propietarios aristócratas con preocupaciones laborales, liberales más cercanos al socialismo utópico, izquierdistas tiernos y ultraortodoxos, gamonales con aspiraciones fascistas y modales caballerescos

Indudablemente, el esquema partidario navegaba al gairete, y apenas logró engancharse a las nuevas y potentes formas de lucha política, encarnadas en la apuesta multitudinaria bonifacista y el activismo de izquierda. El desenvolvimiento de estas fuerzas, en medio de una sociedad en creciente ajuste, dio pie al ciclo conflictivo aquí reseñado. Lo analizado hasta aquí confirma la apenas relativa y parcial injerencia de los partidos políticos tradicionales, y la pujanza de nuevas fuerzas e ideas que hicieron de las calles y el espacio, notas y sílabas.

Quizá el símbolo de este replanteo es precisamente la relectura de la Guerra de los Cuatro Días, tradicionalmente delineada como un episodio menor, aislado, casi folklórico. Cosa realmente opuesta a lo que fue. La Batalla de Quito es la conclusión explosiva, breve y violenta de un ciclo de protesta que hunde sus raíces en la revolución juliana, y sus derivaciones, en el populismo velasquista. Coyuntura por tanto de realineamientos y definiciones, rupturas y contradicciones. Como ha podido verse, el enfrentamiento a bala en las calles de Quito tuvo múltiples antecedentes de manifestaciones políticas, crecientemente violentas y polares

Los Cuatro Días y el ciclo de violencia que sellaron mostró el ascenso de actores e identidades que habían hallado en el sufragio, una forma de cuestionar al poder, y de alinearse y reconocerse en y con otros, al punto del sacrificio; por otro lado, la polarización había construido varias formas de identificación, antagónicas entre sí, pero todas con algún mecanismo de expresión o reflejo político.

Además, la febril acción colectiva había mostrado la presencia de un actor informe, múltiple, voluble, incontrolable, impredecible; un actor multitudinario que parecía responder a la incitación política, y que hacía de la manifestación y hasta la violencia, un lenguaje propio; un actor que de repente asumía caras y nombres propios, y parecía escoger líderes con la misma facilidad que los desechaba.

El caos objetivo y simbólico que portó el ciclo de conflictividad de Quito, no acabó con la Guerra de los Cuatro Días; los cuestionamientos, las alineaciones, las identidades no se resolvieron con sangre o violencia. Al contrario, buscaron otras formas de encarnar. No es ninguna coincidencia que la disyuntiva clave respecto a la base de legitimidad política haya hallado una respuesta tan categórica, pocos años después, cuando el velasquismo asuma al libre sufragio como su bandera fundamental. Tampoco lo es el que varias de las figuras del derrotado bonifacismo aparezcan luego entre los cuadros más selectos del velasquismo (Julio Teodoro Salem, como ejemplo representativo).

De la misma manera, la Guerra de los Cuatro días mostró con patetismo el filo de navaja sobre el que caminaba el tutelaje militar, y sus enemigos internos y ocultos, como la distancia entre la oficialidad y la tropa.

Sin embargo, las lecciones de este momento en la historia traspasan con claridad a nuestros días. En cualquier punto de la historia, el olvidar que la acción política repercute en la formación de las identidades y las ideas, y al revés; el no reconocer que la impugnación sistemática al oponente simplemente elimina posibilidades, diversidad política para todos los actores; el confundir a propósito, como recurso, lucha política con lucha moral, dicotómica, en la que no hay alternativas; el funcionalizar la base de legitimidad política a la coyuntura y al proyecto particular; todo, en conjunto, no hace más que conducirnos a una espiral de radicalización, polarización, invalidación mutua, que una vez, hace 78 años, y por cuatro días, nos hizo olvidar quiénes éramos.

Referencias bibliográficas

- Agoglia, Rodolfo, ed.
1985 **Historiografía ecuatoriana**, Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 25, Quito
- Albornoz, Vicente
2006 "Un atisbo de modernidad", en **Testigo del siglo. El Ecuador visto a través del Diario El Comercio** Varios, ed., Ediecuatorial - Diario El Comercio, Quito
- Alexander Rodríguez, Linda
1992 **Las finanzas públicas en el Ecuador (1830 - 1940)**, Banco Central del Ecuador, Vol. 4, Col. Biblioteca de Historia Económica, Quito
- Arcos, Carlos
1984 *El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900*, Revista CULTURA, vol., No.19
- Arcos, Gualberto
1940 **Años de oprobio**, Impr. Fernández, Quito
- Auyero, Javier
2003a *Repertorios insurgentes en Argentina contemporánea*, Revista ICONOS-FLACSO, vol., No.15
- 2003b **When Everyday Life, Routine Politics, and Protest Meet**, Sociology Department, State University of New York, New York
- s/f The moral politics of Argentine crowds. s/l.
- Barrera, Ricardo
1950 **Descalificación presidencial. El congreso de 1932**, Talleres gráficos Minerva, Quito
- Bourdieu, Pierre
Wacquant, Loïc
2005 **Una invitación a la sociología reflexiva**, Siglo XXI Eds., Avellaneda - Argentina
- Bustamante, Fernando
2006 "Las fuerzas armadas ecuatorianas y el siglo XX", en **Testigo del siglo. El Ecuador visto a través del Diario El Comercio** Varios, ed., Ediecuatorial - Diario El Comercio, Quito
- Bustos L., Guillermo
1991 "La politización del 'problema obrero': los trabajadores quiteños entre la identidad 'pueblo' y la identidad 'clase' (1931-1934)", en **Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta**, R. Thorpe, ed., Corporación Editora Nacional, Quito
- 1992 "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en **Quito a través de la historia. Enfoques y estudios**, Varios, ed., I. Municipio de Quito - Junta de Andalucía, Quito
- Collins, Randall
1975 **Conflict sociology. Toward an explanatory science**, Academic Press, New York

- Córdova, Andrés F.
1938 *La vida política ecuatoriana a través de la Constitución Décima Tercera*, Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, vol. VIII, No.32
- Coronel, Valeria
2006 "Hacia un 'control moral del capitalismo': pensamiento social y experimentos de la Acción Social Católica de Quito", en **Estudios ecuatorianos. Un aporte a la discusión**, X. Sosa-Buchholz and W. Waters, eds., FLACSO - LASA (Sección de estudios ecuatorianos) - Abya Yala, Quito
- Crawford de Roberts, Louis
1980 **El Ecuador en la Época Cacaotera**, Ed. Universitaria, UCE, Quito
- Cruz, José, et al.
1933 *Densidad de la población en Quito con relación al número de habitaciones*, Universidad Central. Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas, vol. II,
- Cueva, Agustín
1983 "El Ecuador de 1925 a 1960", en **Nueva Historia del Ecuador**, E. Ayala Mora, ed., Grijalbo / Corporación Editora Nacional, Vol. 10, Quito
- 1988 **El proceso de dominación política en el Ecuador**, Planeta, Quito
- Cuvi, Pablo, ed.
2004 **Historia del Congreso Nacional**, Imp. Mariscal, Quito
- Chiriboga, Angel Isaac
1932 *La batalla de Quito*, El ejército nacional. Revista de estudios histórico - militares, vol. Año XI, No.66
- de la Torre E., Carlos
1993 **La seducción velasquista**, Ediciones Libri Mundi - FLACSO, Quito
- del Pozo, Miguel Angel
1930 "El problema social en el Ecuador", en **La propiedad privada y el salario**, R. Báez, L. Pacheco, and M.E. Albán, eds., Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 30, Quito
- Deler, Jean Paul
1987 **Ecuador. Del espacio al Estado nacional**, Banco Central del Ecuador, Quito
- Diario El Día
1936 **Diez años de política ecuatoriana. Calendario político y de trascendentales hechos ocurridos en el Ecuador desde el nueve de julio del año 1925 a diciembre de 1935**, Folletín de El Día, Quito
- Drake, Paul
1984 *La Misión Kemmerer en el Ecuador; revolución y regionalismo*, Revista CULTURA, vol. VII, No.19 (mayo - agosto)
- Durán Barba, Jaime, ed.
1981 **Pensamiento Popular Ecuatoriano**, Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 13, Quito
- Espinosa Tamayo, Alfredo
1985 **Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano**, Banco central del Ecuador - Corporación Editora Nacional, Vol. 2, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Quito
- Fischer, Sabine
1983 **Estado, clases e industria**, El Conejo, Quito

- Gallino, Luciano
1995 **Diccionario de Sociología**, Siglo XXI Editores, México
- Garcés, Enrique
1933 **Bajo una lluvia de balas: los cuadros trágicos en el Hospital Civil**, Imprenta Nacional, Quito
- Goetschel, Ana María
1991 **Hegemonía y poder local (Quito: 1830-1950)**, Consejo Provincial de Pichincha - ADHILAC - ADHIEC, Libro de ponencias. VIII encuentro de historia nacional / I encuentro de historia andina, Quito
- Granovetter, Mark
1978 *Threshold models of collective behavior*, American journal of sociology, vol. 83, No.6
- Huntington, Samuel P.
1968 **El orden político en las sociedades en cambio** Paidós, Barcelona
- Hurtado, Osvaldo
1993 **El poder político en el Ecuador**, Ariel / Letraviva / Planeta, 8va. ed, Quito
—
2006 **El poder político en el Ecuador**, Planeta, 16a. ed, Quito
- Ibarra, Hernán
1984 **La formación del movimiento popular: 1925-1936**, CEDIS, Quito
- Icaza, Jorge
1985 **En las calles**, Editorial El Conejo, Quito
- Kingman, Eduardo
1992a "Quito, vida social y modificaciones urbanas", en **Enfoques y estudios. Quito a través de la historia**, Varios, ed., I. Municipio de Quito / Junta de Andalucía, Quito
—
2006 **La ciudad y los otros. Quito 1860 - 1940. Higienismo, ornato y policía**, FLACSO Ecuador - Universidad Rovira i Virgili, Quito
- Kingman, Eduardo y Goetschel, Ana María
1992b "Quito: Las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales", en **Enfoques y estudios. Quito a través de la historia**, Varios, ed., I. Municipio de Quito / Junta de Andalucía, Quito
- Larrea Jijón, Modesto
1957 **Apuntes para la historia. Sucesos que culminaron con la revolución de Tulcán, el 31 de enero de 1932**, Talleres gráficos Minerva, Quito
- López, A., C. Donoso, and P. A. Suárez
1937 *Estudio numérico y económico-social de la población de Quito*, Instituto Nacional de Previsión. Boletín del Departamento Médico-Social, vol. I, No.1
- López B., Patricio
2007 **La constituyente de 1929 y la lucha política ecuatoriana**, FLACSO, Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales (trabajo no publicado), Quito
—
2008a *El ocaso creativo del bonifacismo: algunas hipótesis en torno a estilo y conflicto político a inicios de los años 30*, Ecuador Debate, vol. 73, No.abril
—
2008b "La normalidad excepcional. Una panorámica de la política económica del Gobierno Plaza Lasso (1948-1952)", en **Galo Plaza y su época**, Carlos de la

- Torre y Mireya Salgado, ed., FLACSO Ecuador - Fund. Galo Plaza Lasso, Quito
- Luna Tamayo, Milton
- 1987 "Regiones, clases y enfrentamientos sociales en los veinte", en **Crisis y cambios de la Economía Ecuatoriana en los Años Veinte**, VV.AA., ed., Banco Central del Ecuador, Quito
-
- 1988 Los movimientos sociales en los treinta y el rol protagónico de la multitud. Ponencia presentada en *Segundo encuentro de historia económica (julio)*, Quito.
-
- 1989 **Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito**, Corporación Editora Nacional, Quito
-
- 1991 **Las trampas históricas de la industria ecuatoriana. 1900 - 1930. Su frustrada constitución como clase**, Consejo Provincial de Pichincha - ADHILAC - ADHIEC, Libro de ponencias. VIII encuentro de historia nacional / I encuentro de historia andina, Quito
- Llerena, José Alfredo
- 1959 **Frustración política en veintidos años**, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito
- Manguashca, Juan
- 1991 "Los sectores subalternos en los años treinta y el apareamiento del velasquismo", en **Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta**, R. Thorpe, ed., Corporación Editora Nacional, Biblioteca de Ciencias Sociales, Vol. 33, Quito
-
- 1992 "La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830 - 1972)", en **Nueva Historia del Ecuador**, E. Ayala Mora, ed., Grijalbo / Corporación Editora Nacional, Vol. 12, Quito
- , ed.
- 1994 **Historia y región en el Ecuador. 1830 - 1930**, Corporación Editora Nacional / FLACSO, Quito
- Manguashca, Juan, and Liisa North
- 1991 "Orígenes y significado del Velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972", en **Biblioteca de ciencias Sociales**, R. Quintero, ed., Corporación Editora Nacional, Vol. 29, Quito
- Marchán, Octaviano (tnt. Cnel.)
- 1938 **El problema de los ascensos en el ejército ecuatoriano**, Litografía e imprenta Romero, Quito
- Marchán R., Carlos, ed.
- 1986 **Pensamiento agrario ecuatoriano**, Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 23, Quito
-
- 1991 "La crisis de los años treinta: diferenciación social y sus efectos económicos (1920 1932)", en **Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta**, R. Thorpe, ed., Corporación Editora Nacional, Biblioteca de Ciencias Sociales, Vol. 33, Quito
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow, and Charles Tilly

- 2001 **Dynamics of contention**, Cambridge University Press, New York
- Merchán, Octaviano
s/f **El regimiento Sucre No. 2 en la batalla de los cuatro días**, s/e, s/l
- Miño, Wilson
1983 "La economía ecuatoriana de la gran recesión a la crisis bananera", en **Nueva Historia del Ecuador**, E. Ayala Mora, ed., Grijalbo / Corporación Editora Nacional, Vol. 10, Quito
- Moreano, Alejandro
1995 "Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX", en **Ecuador: Pasado y Presente**, Varios, ed., LIBRESA, Quito
- Morillo Batlle, Jaime
1996 **Economía monetaria del Ecuador**, Imprenta Mariscal, Quito
- Muñoz, Leonardo
1988 **Testimonio de lucha. Memorias sobre la historia del socialismo en el Ecuador**, Corporación Editora Nacional, Colección testimonios, Quito
- Norris, Robert
2005 **El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra**, Libri Mundi Ed., 2da. ed, 2 vols, Quito
- Norris, Robert E.
1968 *El cuerpo diplomático y la guerra de los cuatro días*, Revista ARNAHIS, órgano del Archivo Nacional de Historia - CCE, vol. 17, No.año XI, agosto
- Oleas, Julio
2004 "La economía republicana 1830 - 2001", en **Enciclopedia Ecuador a su alcance**, Varios, ed., Espasa, Bogotá
- Ortiz Bilbao, Luis Alfonso
1989 **La historia que he vivido: de la 'Guerra de los cuatro días' a la dictadura de Páez**, Corporación Editora Nacional, Quito
- Ortiz, Cecilia
1991 **Indios, militares e imaginarios de nación en el Ecuador del siglo XX**, Abya Yala - FLACSO, Quito
- Ortiz Villacís, Marcelo
1977 **La ideología burguesa en el Ecuador. Interpretación socio-política del hecho histórico en el periodo 1924-1970**, s/e, Quito
- Pareja Diezcanseco, Alfredo
1959 **El aire y los recuerdos**, Editorial Losada S.A., Buenos Aires
- 1986 **Ecuador. Historia de la república**, El Conejo, Quito
- Paz, Clotario
1938 **Larrea Alba (Nuestras izquierdas)**, Tribuna Libre, Guayaquil
- Paz y Miño, Juan
2000 **La Revolución Juliana: nación, ejército y bancocracia**, Abya Yala, Quito
- Peñaherrera, Luis Antonio
1927 **Bolchevismo y fascismo. Conferencias sustentadas en la Asociación de Empleados de Quito, en los días 24 y 25 de setiembre de 1927**, Talleres Gráficos de El Comercio, Quito
- Pérez Pimentel, Rodolfo
2008a **Diccionario Biográfico Ecuatoriano**. Guayaquil.
- 2008b **El fin del indomable 'Marañón'**. In *El Ecuador Profundo*. R. Pérez Pimentel, ed. Guayaquil.

- Quintero, Rafael
 1989 Los partidos políticos y el "populismo" en el Ecuador. *In* Elecciones y democracia en el Ecuador. Vol. 4. Quito: Tribunal Supremo Electoral.
- 2005 **El mito del populismo**, Abya Yala, 4a. ed, Quito
- Quintero, Rafael, and Erika Silva
 1998 **Ecuador: una nación en ciernes**, Abya Yala, 3a. ed, Quito
- Reyes, Oscar Efrén
 1949 **Breve Historia General del Ecuador**, Talleres Gráficos Nacionales, 3a. ilustrada ed, Quito
- s/f **Los últimos siete años**, Banco Central del Ecuador, Vol. XVII, Colección Histórica, Quito
- Rivas, Antonio
 1998 "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales", *en* **Los movimientos sociales**, Ibarra and Tejerina, eds., Editorial Trotta, Valladolid
- Rodas Ch., Germán
 2006 **Partido socialista. Casa adentro. Aproximación a sus dos primeras décadas**, Ediciones La Tierra, Vol. 1, Historia del socialismo en el Ecuador, Quito
- Roig, Arturo Andrés
 1985 "Estudio introductorio", *en* **Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano**, Alfredo Espinosa Tamayo, ed., Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 2, Quito
- Romero y Cordero, Remigio
 1991 **El Ejército en cien años de vida republicana. 1830 - 1930**, Centro de Estudios Históricos del Ejército Ecuatoriano, Vol. 1, Biblioteca del Ejército Ecuatoriano, Quito
- Rudé, George
 1981 **Revuelta popular y conciencia de clase**, Ed. Crítica - Grijalbo, Barcelona
- Rueda, Luis A.
 1939 **Heroísmo y Constitución. Episodios históricos de la Batalla de los 4 días**, s/e, Quito
- Salvador, Carlos
 1936 **La batalla de los cuatro días en el año de 1932**, Imp. América, Quito
- Salvador, Humberto
 1984 **Trabajadores**, El Conejo, La gran literatura ecuatoriana del 30, Quito
- Salvador Lara, Jorge
 2005 **Breve historia contemporánea del Ecuador**, Fondo de Cultura Económica, 2a. ed, México D.F.
- Smelser, Neil
 1959 **Social Change in the Industrial Revolution** University of Chicago Press, Chicago
- Sociedad Funeraria Nacional
 1932a *Cuadro de las inhumaciones*, Boletín Mensual, vol. XXIII, No.254
- 1932b *La mortandad de agosto*, Boletín Mensual, vol. XXIII, No.253
- Suárez, Pablo Arturo

- 1934 **Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas**, Imprenta Fernández, Quito
- Tilly, Charles
- 1978 **From mobilization to revolution**, Addison - Wesley, s/l
- Trabucco, Federico
- 1968 **Síntesis histórica de la República del Ecuador**, Edit. Santo Domingo, Quito
- Troncoso, Julio
- 1958 **Odio y sangre: la descalificación del Sr. Neptalí Bonifaz y la Batalla de los cuatros días en Quito**, Edit. Fray Jodoco Ricke, Quito
- Uzcátegui, Emilio
- 1975 **Medio siglo a través de mis gafas**, s/e, Quito
- Varios
- 1933 **La campaña de los siete días. Ataque a la Bolívar. Combate de cuatro días. Entrada de los invasores**, Imp. Manuel Gómez R., Quito
-
- 1982 **El 15 de noviembre de 1922**, Corporación Editora Nacional - INFOC, Colección popular 15 de noviembre, Quito
-
- 2003 **Memoria política del siglo XX. Apogeo, pasión y muerte del Partido Conservador Ecuatoriano**, Abya Yala, Quito
- Velasco Ibarra, José Ma.
- 1974 **Conciencia o barbarie. Exégesis de la política americana**, Lexigrama, Quito
- Ycaza, Patricio
- 1988 Acción política y consecuencias sociales de la crisis de los años 30. Ponencia presentada en *Segundo encuentro de historia económica (julio)*, Quito.
- Zapater, Irving, ed.
- 2005 **Pensamiento económico de Luis Napoleón Dillon**, Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol. 44-45, Quito